Autobiografía del Mariscal de Campo Don Antonio de Quintanilla

Prólogo, transcripción y notas de Carlos Besa Lyon, Tercer Secretario de la Embajada de Chile en España

> Siéntase la insignificante criatura humana; recoge rumores y bisbiseos; escribe un librillo y lo llama: Historia universal.
>
> GEORGE EBERS.

SI por algún momento me hubiera dejado llevar de la presunción, la frase transcrita de George Ebers habría sido suficiente para volverme a la realidad. Y con esto queda dicho que no ha sido mi propósito hacer historia ni menos enmendar la plana a los grandes historiadores chilenos que cito en el curso de este trabajo. Sólo he pretendido dar a conocer un documento de indiscutible valor —la autobiografía del Mariscal de Campo don Antonio de Quintanilla—, cuya existencia se desconocía y cuyo contenido puede ser de gran utilidad para quienes dedican su esfuerzo a investigar el movimiento de emancipación chileno.

La personalidad de Quintanilla, defensor heroico, inteligente y caballeroso de la presencia española en América, vencedor con fuerzas mínimas de dos ejércitos chilenos y guardián por largo tiempo de, prácticamente, el último baluarte de España en nuestro continente, es suficiente garantía de la veracidad de su relato. Barros Arana y Encina, a mayor abundamiento, no dudan de su sinceridad e imparcialidad y haciendo presente estas cualidades, recurren a sus escritos como una fuente de primerísima importancia.

Pero, además de estas atribuíbles cualidades, las memorias de Quintanilla tienen el encanto de la espontaneidad del relato en el curso del cual el autor revela no despreciables condiciones de narrador. Por esto y por provenir las memorias, más que de un espectador, de un actor en la revolución chilena, es posible, al leer sus escritos, formarse un concepto más cabal y vívido de las alternativas de la misma y de los sufrimientos que debieron soportar los combatientes.

Durante muchos años y con el objeto de contribuir a la formación de la nacionalidad, se expuso a la juventud chilena un cuadro de las guerras de la independencia muy diferente de la realidad. Por un lado una nación consciente de sus derechos y de su mayoría de edad alzábase unánime y heroicamente en defensa de su libertad; del otro, un ejército de soldados y funcionarios extranjeros pretendía mantener a sangre y fuego una dominación inaceptable.

La verdad, formada la nacionalidad, ha ido surgiendo tímidamente hasta llegar a las páginas de Encina, que tanto realismo aporta al estudio de nuestra historia.

Y esta verdad, que surge abrumadora del relato de Quintanilla, es que no podemos hablar, por lo menos durante la Patria Vieja, de una guerra de independencia sino de una contienda civil. Prácticamente hasta la llegada a Chile del Regimiento de Talaveras de la Reina, hubo lucha de criollos contra criollos, en la que el espíritu belicoso innato de nuestro pueblo y quizás en cierta medida el afán de rapiña, se prodigaban con igual generosidad e indiferencia sentimental por uno u otro bando, según fuera la suerte de las armas.

Se comprende, pues, que ante esta falta de entusiasmo popular por la independencia, compartido por gran parte de la clase alta para quien el sistema español representaba el orden y la seguridad, le resultara a Osorio tal fácil reconquistar el país. Pero aun en época posterior, un pequeño ejército de soldados peninsulares de línea habría a lo menos retrasado la emancipa-

ción por muchos años. Sin embargo, España, en plena decadencia y minada interiormente, no estaba en condiciones de afrontar la situación en forma adecuada y cuando por fin, en un supremo esfuerzo, organiza un ejército capaz de retenerle a América, vemos cómo el motín de Cádiz, de obscuro origen, frustra el intento.

La decadencia de España y como corolario la inepcia de sus autoridades, sumada a la inteligente utilización de las ideas de la revolución francesa por los sajones, con fines comerciales, determinó, pues, que un movimiento sin difusión, en un principio, terminara por representar el sentir de la gran mayoría de los criollos.

Pero una incursión por este terreno da para muchas elucubraciones y don Antonio de Quintanilla, inquieto e impaciente, no sabría esperar.

Muchas veces me sorprendió, al contemplarlas en museos y colecciones privadas, el exiguo tamaño de las armaduras españolas. Pero es que los conquistadores de Chile fueron castellanos y andaluces que por regla general son bajos de estatura.

A Quintanilla, aunque oriundo de Santander, no puedo imaginármelo sino como un castellano típico. De estatura mediana, huesudo, pero fuerte, buen comedor cuando hay oportunidad y alegre ayunador cuando no la hay. Esforzado y audaz por imposición del medio ambiente, sedentario y burgués por naturaleza.

Inteligente, tenaz y ambicioso, llegó, sintiéndose siempre postergado, a la cúspide de la carrera militar en España, debiendo vencer para ello el escollo de su origen modesto y de su escasa cultura.

De quedarse en Chile habría tenido, por sus condiciones naturales, una situación destacada. En España no pasó de ser un obscuro Mariscal de Campo, cuya ruda presencia debió resultar embarazosa para sus cortesanos compañeros de armas.

Un ojo fijo y la boca torcida, como consecuencia de heridas sufridas en la guerra, no eran atributos que agregaran atractivo físico a su figura, lo que no obstó para que encontrara fiel esposa, perteneciente a una "honorable familia de Chiloé".

Sin embargo, los mismos factores que en España le fueron adversos, en Chile le habían sido de gran utilidad. Su aspecto tenebroso y su rudeza, sumados a su coraje, tenacidad, audacia y espíritu de sacrificio, eran los elementos que determinaban su don de mando y la autoridad que emanaba de su persona. Esta autoridad le permitió organizar la prolongada defensa de Chiloé, que a simple vista parece milagrosa y que en realidad se debe fundamentalmente al espíritu de colaboración que logró desarrollar y a la disciplina que supo imponer en esa provincia.

Pero ya es tiempo de ceder la palabra al Mariscal de Campo, don Antonio de Quintanilla. Al transcribir su autobiografía he procurado atenerme rigurosamente al texto, lo que no siempre me ha resultado fácil, dada la ininteligible caligrafía del autor.

Espero que quienes lean este trabajo —no encuentro otro nombre más apropiado— no piensen en mi aporte personal, que por estar casi fuera de lugar es mínimo, sino en el esfuerzo material que él me ha significado.

Madrid, 20 de diciembre de 1952

Biografía

del Mariscal de Campo D. Antonio de Quintanilla, Gran Cruz de la Militar Orden de San Hermenegildo Pensionado; Comendador de la Americana Isabel la Católica y otras por acciones de guerra

Dedica esta biografía a su querido hijo don Antonio de Quintanilla Alvarez.
Año de 1860

Advertencia

Yo escribo mi biografía porque es de moda que muchos Generales den al público impresas las suyas y que las redacten como si lo fueran por segunda persona, cuya certeza es inverosímil, atendiendo a que los más de los hechos que en ellas constan sólo pueden ser sabidos por los mismos interesados. Yo, sin embargo, del interés que me pudiera resultar de ensalzar mis servicios, diré la pura verdad. No pienso darla a la prensa porque, además del costo que me sería gravoso, observo que las obras de esta especie sólo son leídas por los interesados de la misma familia y algún otro amigo, que si no lo es verdadero, sólo lo hace para criticar los hechos que en ella constan.

Madrid, 9 de septiembre de 1854.

A. QUINTANILLA

Conforme a la hoja de servicios, a los documentos que se unen y a los que dicen las Historias que se han publicado sobre la revolución y guerra de América, y particularmente a los hechos que recuerda mi memoria, procediendo en todo con la verdad más imparcial, declaro que soy natural del lugar de Pámanes, provincia de Santander, hijo de padres nobles y honrados.

Yo fuí dedicado por mis padres, después de las primeras letras, al estudio de latinidad, siendo el pensamiento de ellos que algún día fuera eclesiástico, pero, no llamándome la vocación a este estado, mi aplicación al latín me era repugnante y adelantaba muy poco, sin embargo, ya traducía regularmente los autores que se enseñaban en el Estudio de Solares.

En el año de 1802, y que aún no había cumplido 14 años de edad, determinaron mis padres, vista sin duda mi poca aplicación al estudio, remitirme a América en compañía de un tío mío que habiendo venido de Chile regresaba al mismo Reino. Mi contento por esta determinación fué grande y como el objeto era dedicarme al comercio, hube de aprender aritmética, que en sólo un mes adelanté tanto, que el maestro que me la enseñaba no sabía más; por aquí infiero que yo era de una regular comprensión, que con gusto se me señalaba la carrera de mi vocación.

Salí con mi tío en la fragata *Esperanza,* de Santander para Montevideo, el 29 de julio de 1802. El viaje, además de largo, pues duró cuatro meses, fué penoso y hubimos, por falta de víveres, tener que arribar a Pernambuco, en la costa del Brasil.

Llegado que hubimos a Montevideo y después a Buenos Aires, pasamos a Chile atravesando las trescientas leguas de pampa que median hasta Mendoza y las noventa desde este punto hasta Chile, atravesando la Cordillera de los Andes.

En Santiago de Chile fuí colocado de dependiente en una casa de comercio. Allí trabajé como un año y mi aplicación y honradez merecieron el aprecio no sólo de mi principal sino también de otros comerciantes que me hacían proposiciones para llevarme a sus almacenes, que siempre rehusé, porque estaba persuadido que mi crédito dependía de no variar casas sin motivo justo.

Habiendo muerto en la ciudad de Concepción del mismo Reino don Juan Quintana, rico propietario y comerciante natural de *Penagos,* dejó por heredera universal a una sobrina, por no tener hijos, la cual casó con don Juan Maza que recientemente había llegado allí y él era pariente de dicho don Juan y primo de la expresada, natural también de Penagos.

Como este Maza no tenía conocimientos para manejar los asuntos del comercio y haciendas que eran de su mujer, me escribió instándome fuese a su lado y efectivamente le fuí útil llevando los libros, cuentas y correspondencia y como todo esto sólo refluía en su beneficio, sin estipendio alguno para mí porque no me parecía oportuno exigir sueldo estando como me hallaba como uno de la familia, pensé que debía variar de situación, como efectivamente lo hice, solicitando se me diese por él y por otro pariente, don Lorenzo Maza, una carta de crédito para su apoderado en Lima, don Miguel Fernando Burgos.

Salí para Lima con esta carta y regresé a Concepción con efectos por valor de 9.000 pesos y a partir de utilidades con los que me habían acreditado o afianzado.

No recuerdo a cuánto fueron o ascendieron las utilidades; sólo sé que continuando mi giro y viajes a Lima iba aumentando el capital y por consiguiente mi crédito con los comerciantes llegando al extremo de haber tomado en compañía un buque que don Juan Maza había mandado construir.

Mi situación de comerciante se aumentó con la de navegante en buque propio en compañía. Yo adquirí algunos conocimientos náuticos y como Capitán del buque hubo ocasiones que sin Piloto me dirigía a los puertos intermedios y a Lima. En uno de estos viajes me hallaba en Concepción con mi buque, en el inmediato puerto de Talcahuano, cuando hubo efecto la revolución de Chile.

En el año 1810, como dejo dicho, me hallaba en Concepción donde estalló una revolución preliminar de la Independencia que más adelante se publicó en el Reino de Chile, como en los demás de América. En Concepción se formó una Junta deponiendo las autoridades establecidas por el Gobierno español y sabedor yo que por ésta misma se había determinado la formación de otra en la Plaza de Valdivia [1] y que había salido un correo por tierra atravesando por entre los indios bárbaros que habitan en el intermedio desde Bío-Bío hasta dicha Plaza y que debía tardar como ocho días en el tránsito, así también que iba la orden para deponer y remitir presos los revolucionarios al Gobernador don Alejandro Eagar y al Ingeniero don Miguel Atero [2], procedí a cargar con algunos efectos mi buque y salí precipitadamente con él para Valdivia.

Mi objeto era evitar el que se formara allí la Junta revolucionaria, y que se procediera a las prisiones de los indicados revolucionarios.

Este servicio, el de adelantarme a la llegada del correo dicho, no tenía otro objeto que hacer un servicio a la nación y al Rey de España, no sólo considerándolo como un deber de buen español sino también para vengarme de los ultrajes que los revolucionarios de Chile inferían a los españoles europeos con dicterios y hechos punibles.

Efectivamente, a los tres días de haber salido el correo portador de cartas a los revolucionarios de Valdivia, salí yo del puerto de Talcahuano bajo un viento norte que más era un temporal pero favorable para correrlo y entrar al siguiente día en Valdivia. Todos los navegantes y prácticos tenían por una locura que saliera yo al mar bajo un temporal; qué podría hacer, si no tomaba la boca del puerto de Valdivia al día siguiente, bien por la cerrazón de la costa o por cogerme de noche sin entrar, perecería o sería, propasando la entrada, echado al Cabo de Hornos.

Por fin entré el siguiente día, como dejo dicho [3] y presentándome al Gobernador le manifesté los motivos de mi precipitado viaje, el estado de la insurrección, la salida del correo que traía cinco días de viaje y que debía llegar antes de tres, las cartas que traía y sujetos a quienes se dirigían, instándole tomara prontas providencias para la seguridad de la plaza y de su autoridad y persona, así como la del Ingeniero.

[1] Quintanilla se equivoca cuando indica el año 1810 como fecha del pronunciamiento de Valdivia, que se produjo en realidad el 1º de noviembre de 1811. La revolución en Concepción a que se refiere debió ser el movimiento organizado por Rozas y que determinó el establecimiento de la Junta pencona del 5 de septiembre de 1811. Por lo demás, Quintanilla dice más adelante que en esa época tenía 22 años y habiendo nacido en 1789, necesariamente la fecha es 1811.

Cuando dice que la Junta de Concepción reemplazó a las autoridades establecidas por el Gobierno español o incurre en una confusión o bien consideraba a la anterior Junta legítima representante de dicho Gobierno.

[2] Manuel María de Atero, según Encina, y Miguel María Atero, según Barros Arana.

[3] 29 ó 30 de octubre de 1811.

El Gobernador que creyó mi aviso exagerado y quizás inútil, sólo respondió que tenía una confianza plena en el batallón fijo de la guarnición, que allí no podía haber Junta porque siendo el vecindario todo, con corta excepción, de militares que componían dicho batallón, estaba seguro serían despreciadas las órdenes de la Junta de Concepción. En tal estado y viendo que mis diligencias y buen deseo se frustraban, sin embargo de conocer que tendrían efecto las órdenes revolucionarias, me retiré y esperé los resultados.

Efectivamente, a los dos días, habiendo llegado el correo que entró ocultamente, fué preso el Gobernador y el Ingeniero y los que los prendieron, por cierto en la Iglesia oyendo Misa por ser día festivo, fué el mismo cura que la dijo con algunos otros oficiales del mismo batallón en que tenía toda su confianza, el que se había pronunciado en su cuartel. El cura que dijo la Misa, después del *Ite missa est* sacó un par de pistolas, que tenía debajo de la casulla [4] y dirigiéndose al Gobernador, así como los demás revolucionarios, le intimaron a él y al Ingeniero se entregasen presos y procedieron después a conducirlos bajo escolta a su misma casa o palacio, como allí se llama, la que habitan los Gobernadores.

Como se ofrecían dificultades para remitir por tierra de los indios bárbaros a los presos y su escolta, aproveché la ocasión de ofrecer mi buque a la Junta para conducirlos, así como la escolta, por mar a Concepción. Fué aceptado con júbilo y yo tuve el mismo porque podía librar de la prisión que debían tener quizás muy larga y penosa estos dos Jefes (aunque bien merecida por no haberla evitado). Más yo tenía la imposibilidad de no poder hacer por mi mismo lo que ordené hiciera el Piloto de mi buque, pues que teniendo el cargamento en tierra era consiguiente que fuera confiscado. Así pues recibí los presos y una escolta de un oficial de la confianza de la Junta y diez hombres de tropa y previne secretamente al Piloto aprovechase cualquiera ocasión, poniéndose de inteligencia con los presos para salvarlos, bien conduciéndolos a Chiloé si el viento era favorable, o a Lima en otro caso. Se efectuó lo primero. El buque tan pronto como salió del puerto dirigió su rumbo a Chiloé que estaba por las autoridades legítimas; el oficial y los 6 soldados se marearon y cuando llegaron a Chiloé creyeron que era Talcahuano. Los presos fueron libres y el oficial y la escolta prisioneros [5].

Luego que llegó la noticia a Valdivia de la evasión de los presos, se amotinó el pueblo contra mí considerándome causante de este hecho pero felizmente el Piloto, según habíamos acordado, me escribió una carta llena de dicterios manifestando que él había obrado por sí y con conocimiento de los presos. Esta carta que se leyó en la Junta a vista del pueblo les satisfizo, en lo general, pero algunos de los más expertos bien creían que era valor entendido entre mí y el Piloto. En fin, yo salí furtivamente de Valdivia después de redondear mis negocios y en un buque me dirigí a Lima donde debía encontrar el mío.

Como mi buque no podía volver a Chile, hube de venderlo. Esto, que me ofreció alguna pérdida y otros perjuicios, causaron bastante detrimento en mis intereses. El ex Gobernador y el Ingeniero, después de haber sido libres y conducidos de Valdivia a Chiloé y desde este puerto a Lima, se negaban a pagar los pasajes exponiendo que no tenían con qué efectuarlo. Yo hube de presentarme personalmente al Virrey Abascal quien les impropió su comportamiento como un acto de desagradecimiento mandando que se me satisficiera la cantidad acordada con el Piloto por la Tesorería y con descuentos de tres sueldos sucesivos que fueron a ganar en el Ejército de Quito donde en la primera acción de guerra murió el Gobernador. El Ingeniero, también ya en la clase de General, ha muerto en Barcelona.

Lo expresado hace conocer que yo, a pesar de ser un joven entonces de 22 años, tenía atrevimiento no sólo para vencer los obstáculos naturales sino los que se rozaban con la política y eran en bien de la nación y el Rey, siendo este principio de

[4] El cura puede haber sido el Presbítero don José Eléisegui o el Párroco don Isidro Pineda, aunque es más probable que fuera el primero, que se comportó en el curso de la guerra de independencia como ardiente revolucionario.

[5] Barros Arana dice que los presos sedujeron al Capitán y al Piloto de la nave, induciéndolos a seguir a Chiloé para quedar allí en libertad. Encina supone que los soldados que constituían la escolta se arrepintieron o se marearon. La versión de Quintanilla aclara este punto que permanecía en la incógnita.

mi vida política un preliminar de lo que diré sobre la militar.

Continué en mi comercio y viajes hasta el año 1813 que volví a Concepción de Chile donde encontré cada vez más arraigado el gobierno revolucionario, de hecho independiente aquel Reino de la metrópoli. Yo, sin embargo, había empleado en efectos del Perú mi capital de diez mil pesos y venían en el mismo buque que me conducía pero registrados en cabeza de otro comerciante y con una carta orden del remitente para que los tuviese a mi orden cuyo modo los creí seguros, pero no sucedió así, como diré adelante, y culpo a mi poca previsión.

A los pocos días de entrar en Concepción y dispuesto a salir nuevamente para el Perú por habérseme así intimado por el Presidente de la Junta con prevención de no volver más a Chile, se presentaron tres o cuatro buques en el puerto de San Vicente, dos leguas de Concepción y media de Talcahuano, con un ejército de dos mil hombres, procedente de Chiloé y Valdivia, compuesto de dos batallones del 1º y uno del 2º con dos brigadas de artillería, al mando del Brigadier de la Real Armada don Antonio Pareja. Semejante suceso alarmó a los revolucionarios de Concepción quienes para oponerse sólo tenían el Cuerpo de Dragones de Frontera y un batallón. Los realistas hicieron su desembarco y después de alguna resistencia que presentó la guarnición de Talcahuano, fué este puerto tomado por la espalda. El ejército realista se puso en marcha sobre Concepción. Los revolucionarios huyen para Santiago de Chile y el batallón y parte de los dragones se adhieren y pronuncian por el Rey: Entró Pareja en Concepción y yo me reuní, aunque como simple particular, al ejército antes de la entrada.

Consideraba yo tan seguro el dominio de la causa del Rey y la nación en Chile con la venida de este ejército y particularmente en Concepción, que no tuve embarazo en presentar la carta por la cual se me acreditaba dueño de los efectos que bajo cabeza de otro comerciante se hallaban aún en las bodegas de Talcahuano y en su consecuencia me fueron entregados procediendo desde luego a su conducción y almacenaje en Concepción. Mi estratagema fué descubierta y la misma publicidad fué causa de perder todo mi capital.

Militar

Me hallaba yo muy ajeno de ser militar cuando se presentó en mi cuarto el[6] del Obispo don Diego Villodres (que acaba de morir, Ministro del Supremo Tribunal de Gracia y I) diciéndome que el Obispo, su tío, y el General Pareja me esperaban en el Palacio del Obispo. No dejé de preguntarle el para qué y me contestó que para nombrarme oficial y Ayudante del General y que dos jóvenes sobrinos del Obispo acababan de ser nombrados porque el General quería que sus Ayudantes fuesen españoles europeos.

Yo no pude menos de echarme a reír de que me querían enganchar y me propuse resistirlo a toda costa pues que nunca me había pasado por la imaginación ser militar y menos entonces que tenía mi capital, buen crédito y libertad para hacer y residir donde me pareciese. Sin embargo yo fuí a la cita y tanto el Obispo como el Brigadier Pareja me instaron de tal modo que hube de aceptar a condición de que mi servicio no debía durar más que hasta la llegada del ejército a la capital de Santiago distante 150 leguas y que según el General era obra de uno a dos meses pues que aseguraba que el ejército enemigo al mando de Carrera no haría oposición, y que si la hacía, sería derrotado inmediatamente, como lo había sido la fuerza en Concepción.

Sin conocer yo, como después he conocido, que los cálculos y contingencias de la guerra están sujetos a circunstancias que nadie puede prever, creí tontamente cuanto me decían estos dos personajes y manifesté mi conformidad mandando el General al Jefe de Estado Mayor se me extendiese el título de Subteniente de Infantería agregado al Batallón de Valdivia y se me diese a reconocer por su Ayudante de Ordenes.

Ya oficial y Ayudante del General mandé hacer mi uniforme, compré caballo, sable y pistolas, tomé asistente y me convertí a los dos días de un hombre libre en un obediente militar.

Tan luego como me presenté uniformado me mandó el General a los puntos de Yumbel y Angeles, 30 leguas de Concepción, a hacer poner en marcha dos regimientos de caballería de milicias que de-

[6] En blanco en el original.

bían reunirse en Chillán al ejército, como también yo. Desempeñada mi comisión, me instalé al lado del General en compañía de los otros Ayudantes sobrinos del Obispo. Nosotros comíamos a la mesa con el General y mientras dormía alternábamos en la guardia de su persona, abríamos los pliegos y recibíamos los partes que si eran de importancia se le despertaba, escribíamos sus contestaciones y hacíamos a la vez de secretarios, de confidentes y ayudantes, pero el trabajo era ímprobo porque el ejército marchaba en un cuerpo y no en divisones; el material de artillería muy numeroso y la poca o ninguna inteligencia de todos los Jefes, del mismo General, que sería bueno para mandar un navío de guerra, y la ninguna de sus ayudantes, hacía que los movimientos fuesen en extremo tardíos y entorpecidos [7]. Así marchamos en dirección del río Maule a cuya orilla opuesta (en la ciudad de Talca) se hallaba esperándonos el ejército enemigo al mando del insurgente José Miguel Carrera, de fuerza de 8 a 10 mil hombres de tropas regulares e irregulares; próximamente el nuestro era de la misma fuerza [8].

El ejército real acampó el 15 de abril de 1813 en Yerbas Buenas en la forma siguiente: apoyaba la retaguardia en una laguna, la derecha en una Capilla y algún batallón, por estar lloviendo, se acuarteló en dicha Capilla. La artillería (más de 30 piezas) ocupaba una línea, apoyada por la infantería. La caballería formó otra línea exterior de modo que parecía difícil que después de las avanzadas y de la línea de caballería pudiese penetrar fuerza enemiga al campamento por sorpresa, como se verificó [9].

Acción de Yerbas Buenas

Serían las 5 de la mañana, aún no amanecía, cuando una columna de granaderos enemiga, salvando el ser vista ni sentida por las avanzadas de caballería se introdujo por entre los claros de otros cuerpos y llegó hasta la línea de artillería. Allí con la mayor calma, empezó a relevar algunos centinelas de los cañones y volverlos contra el ejército acampado, llevándose otros y al Comandante de la artillería y de improviso rompió el fuego de cañón y fusil contra los batallones que estaban con fusiles en pabellón y los soldados durmiendo al pie de ellos [10].

Yo me hallaba de guardia del General, alojado en un rancho o casucho en el mismo campamento y al grito de enemigos, salió el General que mientras le aparejaban el caballo mandó a otro de los ayudantes y a mí nos internásemos en el campamento a fin de ordenar y formar las tropas que diseminadas y mezcladas en grupos con las enemigas no se conocían ni se oía otra cosa que tiros y el chasquido de las bayonetas que se topaban y las voces en los enemigos de *viva la Patria* y en los de nuestro ejército de *viva el Rey*. La obscuridad a que se aumentaba una espesa niebla era horrorosa y la confusión aterradora. Mi compañero cayó herido, el Intendente del ejército que nos acompañaba, muerto y yo solo en medio de los grupos buscaba alguna tropa reunida para conducirla en guardia del General.

Efectivamente topé con unos 100 hombres que formados estaban descansando sobre las armas y aproximándome a ellos me dí a conocer y eran del batallón de Chiloé; con ellos en buena formación marché al encuentro del General que ya montado fué con aquella fuerza hasta la línea de la artillería y posesionados de ella se vió que los enemigos huían; se les persiguió y la caballería rescató cinco cañones que se llevaban haciéndoles más de 100 prisioneros [11].

Amaneció y el campamento apareció cubierto de muertos y heridos de ambos ejér-

[7] Barros Arana cita estas expresiones de Quintanilla por estar contenidas en los apuntes que éste le enviara desde España.

[8] Encina calcula que ambos ejércitos constaban de unos 5.000 soldados, y Barros Arana le atribuye a los realistas 4.000.

[9] Esto contradice la afirmación de Encina, que afirma que el ejército realista acampó en Yerbas Buenas sin que se tomara ninguna precaución.

[10] Tanto Encina como Barros Arana sostienen que el jefe de las fuerzas patriotas, don Juan de Dios Puga, no se dió cuenta que estaba frente a todo el ejército enemigo. Sin embargo, llama la atención el orden y el sigilo con que las tropas llegaron hasta la artillería realista. Es presumible, pues, que por lo menos en el último momento Puga se dió cuenta de la verdadera situación.

El haber empeñado la acción en estas circunstancias, aparece como una locura desde el punto de vista militar, pero en realidad la sorpresa fué de gran utilidad para la causa patriota, ya que debilitó en tal forma la moral del ejército realista, que Pareja no pudo continuar su avance. La decisión de Puga fué pues, desde este punto de vista, un verdadero acierto.

[11] 190 prisioneros, según Encina.

citos. Este fué el resultado de la sorpresa de *Yerbas Buenas,* primera acción en que me hallé y que tuvo lugar el 15 de abril de 1813 por la cual y el servicio de haberme presentado con fuerza ordenada y formada al General en medio del combate y confusión, fuí ascendido a Teniente de Infantería.

Prosiguiendo la marcha el ejército real, si bien con muchas precauciones por los recelos de encontrar a cada paso emboscadas, sin que el General tuviese la práctica necesaria para descubrir éstas si las hubiese, con avanzadas a vanguardia y flancos, se consiguió salir del terreno montuoso a un campo despejado y cuando se trató de acampar formando un gran cuadro con la infantería y otro exterior de caballería, dió la casualidad que al entrar dentro del interior los carros de municiones se volase uno cargado de barriles de pólvora. La dispersión del ejército en la explosión fué general en términos que no se oía más que traición, juzgando los soldados que había, tanto este accidente como la sorpresa de la noche anterior, sido causados por los confidentes que tenía el enemigo en el nuestro y de esta aprensión no adolecía sólo la tropa sino también la mayor parte de los oficiales.

Al día siguiente se prosiguió la marcha en dirección del Maule. Es de advertir que para cargar en las mulas más de quinientas cargas de pertrechos y municiones, así como para uncir una gran porción de bueyes que llevaban las carretas y 30 ó 40 cañones, se daba principio al amanecer y hasta las 12 del día no se concluía la operación; acampando a las 4 de la tarde sólo se marchaban tres o cuatro leguas.

Llegó el ejército por fin a la orilla del río, no con el objeto de pasar sino con el de llamar la atención del enemigo por un vado para ir a pasarlo al día siguiente por otro, dos leguas más abajo. Al siguiente se emprendió la marcha en dirección al vado que se había elegido para pasar el río, pero ya próximos se plantó uno de los batallones de Chiloé manifestándose en desobediencia y negándose a pasar el río. Se le amenazó, se le rogó y se hicieron cuantos esfuerzos son imaginables, tanto por el General como por los jefes y hasta por dos frailes que en calidad de capellanes iban en el ejército. Nada bastó. Por último se mandó seguir la marcha a los demás batallones y se negaron igualmente. En tal situación se acampó el ejército en el mismo paraje, sin agua porque el río distaba un cuarto de legua del campamento, pero la tropa, tal era el terror que había tomado —desde la sorpresa— al enemigo, que se aguantó sin querer acercarse al río. Muy luego supo el General enemigo la rebelión del ejército real y empezó por medio de algunos tiradores a incomodarlo en la noche y en la cual se experimentó la deserción de muchos regimientos de caballería de milicias en masa, a sus pueblos, y al enemigo, así como mucha de la infantería del Batallón de Concepción.

Puesto en marcha en retirada al amanecer del siguiente el ejército, fué este constantemente hostilizado, en su retaguardia, por el enemigo y disminuyendo su fuerza en términos que entre desertores, pasados y tomados prisioneros quedó reducido a la entrada de la villa de San Carlos al número de 1.500 hombres el que pocos días antes pasaba de ocho mil [12].

El enemigo que con más de 8.000 hombres estaba el 16 de marzo (sic) todo reunido a la inmediación de la villa y tan luego como salimos de ella, prosiguiendo la retirada, se corrió por nuestros flancos; aquí fué donde se verificó el mayor escándalo, algunos jefes, el de Estado Mayor, el Intendente, los ayudantes del General y del Jefe de Estado Mayor, en fin, todos los que estaban a caballo, incluso unos cuantos dragones, se marcharon a escape antes que el enemigo les cerrase la salida [13]. Sólo, en la clase de ayudantes, quedé yo al lado del General Pareja, que enfermo de pulmonía venía conducido en hombros de los soldados en un *guando* [14]. Circunvalado el pequeño ejército real, en los llanos, a la salida de la villa de San Carlos, después de haber perdido en tan precipitada retirada casi todos los pertrechos y municiones, sin más caballería que los cuatro o seis caballos del General, algunos de los jefes y el mío, pero sí con la mayor parte de los cañones que no baja-

[12] Encina y Barros Arana afirman que las tropas patriotas permanecieron totalmente inactivas durante la retirada de Pareja. Lo probable es que el ejército patriota se moviera con la misma lentitud que el realista y Carrera no pudo hostilizarlo sino con fuerzas de caballería.

[13] Barros Arana afirma que Justis se retiró para salvar los bagajes.

[14] Vos quichua. Andas, parihuela.

ban su número de treinta, hizo alto, después de pasar un pequeño arroyo, en un paraje que si bien no era una posición, dominaba el terreno de la llanura. Aquí pues y sin que se tomase determinación alguna porque el General estaba imposibilitado por lo grave de su enfermedad, me acerqué al *guando* y le dije: *Mi General, estamos circunvalados por el enemigo, ¿qué dispone Ud.?* Su contestación fué: *defenderse hasta morir.* Le hice presente que el Mayor General Justi, así como el Coronel Ballesteros y otros, habían escapado y que si le parecía daría a reconocer por Comandante General interino al que lo era del Batallón de Concepción, a lo que me contestó que bien. Inmediatamente hice tocar orden general y di a reconocer al Comandante del expresado Batallón, don Francisco Sánchez y por mí, sin haberle vuelto a hacer otra pregunta al General Pareja, di a reconocer por Mayor General a don R. Pinuer, Capitán del de Valdivia. Ambos eran los más aparentes, el primero por su labor que había acreditado con su batallón en la retirada, sosteniéndola con fuego, y el 2º por ser un oficial activo.

Me puse a las órdenes del nuevo Comandante General quien mandó formar el ejército en cuadro, colocando los cañones en sus cuatro ángulos. En esta disposición me mandó previniese que no se hiciese fuego sin que los enemigos se hallasen cerca.

La fuerza enemiga que contaba en su mayor parte de caballería de milicias con lanza y alguna artillería, destacó algunas partidas de caballería sobre nuestro cuadro, no en disposición de carga, sino con carabinas, haciendo fuego. Estaba yo en un ángulo del cuadro donde fué muerto un soldado de una bala y, como no tenía nada que hacer, tomé su fusil y estaba apuntando al que mandaba una de estas partidas y que conocí ser un cura llamado Eleisegui, a quien había tratado en Valdivia y era notable por ser revolucionario en 1ª escala, cuando y sin haber disparado caí al suelo herido de un casco de metralla, por debajo de la oreja izquierda, que me dejó sin sentido y se me tuvo por muerto hasta el extremo de quitarme la casaca los soldados y empezar a desnudarme como acostumbraban con los muertos; el Mayor General Pinuer me sacó el reloj (que después me devolvió) [15].

Ya fuese por la frialdad de la tierra, pues había llovido o porque el casco no penetró mucho, yo debía hacer algún movimiento que advirtieron los que me desnudaban y limpiándome la sangre de que tenía llena la cara conocieron estaba vivo y me condujeron al centro del cuadro donde ya había otros y entre ellos un amigo y compañero Teniente D. Félix Molina. Allí recobré enteramente el sentido y yo mismo extraje el pedazo de hierro que se había introducido entre la quijada y el pescuezo y me até a la herida el pañuelo de seda que tenía al cuello, con lo cual se restañó la sangre que había salido copiosamente. Entonces empecé a sentir los dolores más intensos y la debilidad más extrema. En todo este intermedio seguía el fuego de nuestra artillería y fusilería rechazando las cargas enemigas sobre el cuadro. Mi amigo Molina herido en un muslo fué herido por segunda vez en el otro, en la situación en que se hallaba echado conmigo, y por cierto que la bala que recibió a no haber parado en su muslo me habría dado a mí en la cabeza pues estábamos juntos pies con cabeza. Serían las cinco de la tarde, que aún continuaban los enemigos con cargas de caballería sobre nuestro cuadro, cuando llamó Sánchez a los jefes y oficiales a deliberar sobre lo que debería hacerse en circunstancias tan críticas, siendo la principal haberse agotado los cartuchos y no quedar más que dos o tres por pieza de cañón y 4 a 6 por cada soldado de fusil. Como esta junta se reuniese donde estábamos los heridos observé y oí el parecer de cada uno. El Mayor General Pinuer opinaba por capitular. El Comandante del batallón de Valdivia, Molina, dijo: *dos hijos he traído al ejército, el uno ha sido prisionero y quizás muerto, el otro está ahí con dos heridas, mi vida me es una carga y opino por antes morir que capitular.* Todos siguieron este dictamen convencidos de que aún capitulando serían muertos por el General enemigo y, en su consecuencia, se determinó abandonar la artillería, que ya era inútil por falta de municiones y

[15] Tanto las descripciones de las marchas como estas referencias a las costumbres de las tropas permiten formarse una idea gráfica de la organización de los ejércitos realistas y patriotas, que en realidad era igual, y la moral de los combatientes.

formando el ejército en columnas, abrirse paso a la bayoneta.

Mi situación era desesperada, yo hacía esfuerzos por incorporarme y ver si podía seguir la marcha de la columna, porque era corriente que la caballería lancearía a todos los heridos que no pudiesen andar con la columna, pero me era imposible, la debilidad, con lo que me había desangrado, y sin tomar alimento desde la noche anterior me impedían pararme y cuantas veces lo intenté caí al suelo. El padre de mi amigo Molina, Comandante de Valdivia, trajo dos soldados de su batallón para que cargasen a su hijo y siguiesen la columna. Yo le supliqué igual auxilio así a él como a otro amigo mío don Ildefonso Elorriaga, Capitán del mismo batallón y ambos se negaron diciéndome que no podían protegerme y que me encomendara a Dios. Buen consuelo. Se iba a formar la columna de ataque cuando se nota que toda la caballería enemiga venía en distintas columnas sobre el cuadro y que llegando a estar muy inmediata a él, con objeto de romperlo, hizo un fuego general nuestra artillería y fusilería en tales términos que dejado sembrado el suelo de hombres y caballos, el enemigo retrocediendo en el mayor desorden y saliendo nuestros soldados de su formación haciendo fuego y persiguiéndolos. Esto bastó para despejar la situación. El enemigo se retiró sobre la villa de San Carlos y el ejército real quedó victorioso.

Anocheció y sin enemigos a la vista aunque a una legua de distancia, se puso el ejército real en marcha. Los bueyes que arrastraban los cañones así como las mulas de carga y pocos caballos se habían dejado fuera del cuadro, como era consiguiente, se habían ido al campo enemigo. Sólo dos o tres caballos, entre ellos el mío, estaban cerca de nuestro cuadro paciendo en las orillas del estero. Tan luego como lo ví y reconocí hice me subiesen en él, pero el General me exigió que debía llevar un herido en anca ¿y quién parece a Ud. que fué?, pues fué el joven Molina, hijo del Comandante que no se prestó a salvarme a mí, minutos antes.

Los cañones fueron arrastrados por los soldados. Cada diez o doce soldados tiraban de las cuerdas y dos marchaban a su lado con los fusiles de los que llevaban cada cañón. La noche era obscura y marchando en el mayor silencio llegamos antes de amanecer al río Ñuble que, sin embargo de venir muy crecido, se pasó con el auxilio de bueyes que ya encontramos remitidos desde Chillán a cuya ciudad arribamos a las 10 de la mañana y en la cual encontramos a todos los jefes, oficiales y soldados fugitivos el día anterior.

Como en el ejército no quedó facultativo alguno por hallarse estos en Chillán, fuí curado entonces de mi herida, que si bien no era de peligro, me inutilizó toda la parte de la cara (es decir, el oído izquierdo por el cual no oigo, el ojo izquierdo, que no lo cierro desde entonces, y la boca torcida sobre el lado derecho). Sea esto o una operación que ejecutó el cirujano para sacar las materias que se formaban al cerrar la herida, lo cierto es que yo he quedado como llevo dicho lo que en verdad no me molesta ni siento otra novedad que el aparecer a la vista pública con una imperfección en la boca que me afea pero que me honra para los que saben de lo que proviene.

El mismo día de nuestra llegada a Chillán pasó el ejército enemigo a nuestra vista en dirección a la ciudad de Concepción donde, como en Talcahuano, entró sin resistencia, habiendo huído para Lima en un buque las autoridades, el Obispo señor Villodres y el que había sido Mayor General Justis, con otros individuos comprometidos. El ejército real tuvo tiempo con este motivo para organizarse y aumentar la fuerza con los muchos soldados, oficiales y jefes que se hallaban allí y habían huído antes de la batalla en San Carlos. Allí encontramos un buen repuesto de municiones y algún armamento que felizmente dejó el General Pareja cuando pasó por dicha ciudad el ejército y se procedió con premura a fortificar la población, hacer acopio de víveres y tomar todas las providencias para resistir un sitio que al poco tiempo nos puso el ejército enemigo.

El General Pareja murió a los pocos días de nuestra llegada y su muerte fué sentida porque era, como suele decirse, todo un español, entusiasta por la causa del Rey y la Nación, valiente y al haber tenido los conocimientos que se requieren para mandar un ejército habría vencido a Carrera en el Maule. Dicho Brigadier de la Real Armada, Pareja, se había hallado en varios combates marítimos y en el de Trafalgar, contra la escuadra inglesa, mandaba un navío de línea que no se rindió hasta

que se fué a pique. Hago el elogio que se merece este buen jefe.

Yo proseguía en cama con mi herida cuando vino el aviso que los enemigos en Concepción habían confiscado todas las propiedades de los que estábamos en el ejército real así que a poco más de un mes que era militar había perdido toda mi fortuna que consistía en los efectos que dejé en Concepción, como he dicho antes, y que mi imprevisión los sacó de poder del consignatario bajo cuyo nombre había traído de Lima. Me vi, pues, pobre, sin más camisa que la puesta, herido y próximo a un sitio y lo que es peor, sin más medios para subsistir que la ración que se daba en el ejército, de carne y pan, pues no había paga porque el erario absolutamente no tenía un cuarto y hasta para racionar el ejército era preciso acudir a requisa de ganado al campo.

Entraba el invierno y sin embargo el ejército enemigo salió de Concepción para poner sitio al nuestro conduciendo, además de cañones de poco calibre, dos de a 24 de plaza.

En pocos días me puse bueno para volver al servicio y no queriendo volver a ser Ayudante del General ni hacer el servicio de guardias, trincheras ni patrullas, me presenté al Mayor General para que se me colocase de 2º del Coronel Elorriaga en una columna de caballería que este mandaba, destinada a obrar en el campo en sorpresas y ataques a las partidas enemigas que se presentaban en las inmediaciones de Chillán. Se me concedió y nuestra primera salida tuvo un éxito tan favorable que entusiasmó al ejército así como deprimió al enemigo.

Noticioso Elorriaga que a seis leguas de nuestro cuartel general, el río Ñuble por medio, existía en la hacienda de Arriagada el Coronel disidente Cruz con 500 hombres, los 200 de infantería y los 300 de caballería de milicias [16], pensó sorprenderlos como se verificó y al efecto salimos de Chillán de noche con nuestra columna de doscientos hombres de infantería montados y pasando el río expresado el cual por ir muy crecido y correntoso lo hacía difícil y más de noche obscura y lluviosa, continuamos nuestra marcha, marcha la más penosa que se puede imaginar.

[16] Según Encina, el destacamento de Cruz constaba de 100 soldados de línea y 300 milicianos de caballería.

La noche era lluviosa, obscurísima, de modo que sin embargo de ir en desfilada, tocando los caballos hocico con cola, no nos veíamos y hubo, para que no extraviase alguna tropa, que correr desde la cabeza de la desfilada hasta la retaguardia lazos o cuerdas de cuero que cada uno llevaba agarrado con la mano. En esta forma y buenos prácticos que conocían a palmo el país, llegamos antes de amanecer a aproximarnos al punto donde se hallaban los citados enemigos divididos en dos casas, la caballería en la de Arriagada y, la infantería en una a un cuarto de legua. Yo tomé 80 hombres para sorprender los 300 de caballería y Elorriaga con el resto de la columna se dirigió a la infantería. La sorpresa debía ser, simultánea y al amanecer en ambos puntos, aproximándonos todo lo posible a los enemigos en la obscuridad para romper la carrera sobre ellos.

Yo tuve que esperar algunos minutos emboscando mi fuerza mientras pasaba una patrulla enemiga por muy cerca de mi tropa oculta. Luego que lo verificó y viniendo ya apuntando el día, me dirigí con la fuerza a todo escape sobre un gran corralón frente de la casa en que se hallaban los milicianos, matando antes de un pistoletazo al centinela que creyó era alguna de sus patrullas al principio y luego quiso cerrar las trancas, o puerta, para impedir la entrada de la caballería. La tropa enemiga estaba durmiendo y cuando quisieron incorporarse, ya yo, con mi fuerza y con el fuego que hacía, estaba en medio de ellos gritándoles, *viva el Rey y nadie se mueva. Alto el fuego.*

En esto observo que el Coronel Cruz va huyendo a pie, lo hago traer y como me faltaba rendir a los jefes, oficiales y algunos soldados que estaban dentro de la casa, me había comprometido, pues aquellos hacían fuego por las ventanas sobre mi tropa que tenían la atención en los milicianos, que aunque estaban echados, podrían levantarse del estupor y ponerse en defensa. Por esto no tuve otro arbitrio que intimarle que lo fusilaba si no daba orden a los de la casa para que se rindieran. Así sucedió, salieron, los formé, los proclamé y asegurando a Cruz y oficiales hice traer los caballos de los milicianos, pusieron sillas, tomaron sus lanzas y con ellos que me prometieron ser fieles al Rey marché al punto donde se hallaba Elorriaga con mi columna, que de enemigos se volvieron amigos

fieles en el transcurso de media hora. Con ella circunvalé la casa donde estaban doscientos infantes enemigos haciendo fuego por ventanas, troneras que habían hecho en el edificio y por un gran patio que tenía la casa y que Elorriaga no había podido aún tomar.

Mi llegada con Cruz, su jefe, no desalentó al que mandaba la infantería enemiga, lejos de eso y a la intimación que le hizo Cruz para que se rindiese, contestó con injurias y denuestos y que él y todos morirían antes que rendirse. Por fin viendo la obstinación pensó Elorriaga que era necesario poner fuego a la casa, como así se efectuó, haciendo subir a un valiente soldado al tejado con un tizón por un claro donde no había aspillera. Era de ver a este soldado en el tejado, quitando tejas, tirarlas a los enemigos que estaban en el patio, hacer fuego con su fusil, soplar el tizón y hacer unos movimientos tan acelerados que causaba risa y eso que desde el patio le tiraban los enemigos. La casa ardía por los tejados, el humo ahogaba a los enemigos y Victoriano y su tropa haciéndonos fuego. Ultimamente ya el fuego había pasado al interior del edificio y los soldados enemigos abriendo las puertas salieron presentándose prisioneros. Sólo Victoriano estaba empeñado en perecer debajo de las ruinas y hasta que yo entré con bastante riesgo y habiéndolo encontrado recostado contra un tabique le tomé la mano y lo hice salir, no fué posible conseguirlo. El era conocido mío antiguo y un valiente o temerario.

Entramos en el Cuartel General aquel mismo día con Cruz y toda su división prisionera. Los milicianos se unieron a nuestra fuerza y muchos de los soldados de infantería. A los oficiales de milicia se les puso en libertad para que se fuesen a sus casas o quedasen allí y sólo Cruz y Victoriano fueron prisioneros y remitidos a Lima cuando hubo proporción [17].

Esta acción que fué tan ventajosa y preludio de las que sucedieron después, me dió un honroso nombre en el ejército y el grado de capitán. El ejército enemigo se presentó a los pocos días al frente de Chillán, muy orgulloso, provisto de mucha artillería, de tiendas de campaña y cuanto era necesario. Chillán se hallaba ya medianamente fortificado. Se habían construído tres fuertes exteriores, se habían construído trincheras con anchos fosos en las calles y se habían artillado todas estas obras de manera que podía hacer una defensa regular.

El enemigo adelantó sus obras también sobre la plaza y fuertes y empezó a tirar balas de 24 pero causaban poco o ningún efecto a causa de que siendo las paredes de los edificios de adobe o tierra no hacían más daño que el de agujerear las paredes.

Así continuaba el sitio y fuego cuando un día se dió orden a Elorriaga para que con su columna, que tan luego era caballería como infantería, a cuya arma pertenecía, fuese a tomar por asalto una fuerte trinchera que incomodaba con sus 6 piezas a la plaza. Efectivamente nos situamos a la salida del pueblo detrás de unas casa al frente de la fortificación enemiga. Elorriaga a la cabeza de la columna, con un pañuelo blanco en la mano, y los soldados con los fusiles bajos, yo a retaguardia para que no quedase nadie, emprendimos la carrera hasta el foso. Creyeron los enemigos que éramos *pasados* y con el objeto de recibirnos se subieron los jefes y muchos oficiales sobre la trinchera, cuando al llegar al foso se echaron a la cara los soldados nuestros los fusiles y disparando a quemarropa mataron una porción de ellos, entre los cuales había jefes de graduación, pero como a su retaguardia tenían fuerza trataron de cortarnos la retirada saliendo por nuestros flancos haciéndonos retirar más que de prisa y habiendo sido perseguidos hasta tener que meternos en la plaza [18].

Otras salidas hicimos pero lo que destruyó al ejército de Carrera más principal-

[17] Parece que Barros Arana careció de antecedentes fehacientes sobre esta acción, pues la relata muy superficialmente y en forma bastante diferente. Encina da una versión ajustada a la realidad, pero no destaca suficientemente la actitud de Victoriano, que merece por ella figurar entre los héroes nacionales. La indiferencia de la soldadesca se manifiesta una vez más en este hecho de armas, pues vemos a los milicianos hechos prisioneros por Quintanilla luchar a su lado horas después.

[18] Según Encina, el Coronel Spano, que mandaba la batería, no se dejó sorprender por la estratagema sino que, dejando aproximarse a las fuerzas realistas, las ametralló cuando estuvieron cerca.

Es curioso que Quintanilla no relate la acción contra Chillán a que se refiere Encina con lujo de detalles y que siguió a este encuentro. La versión de Barros Arana es similar a la de Encina. Si Quintanilla, cuya buena memoria es innegable, olvidó esta acción, ello se puede deber a que las noticias sobre la misma hayan sido abultadas por las fuerzas patriotas.

mente fué el rigor del invierno que tenían que sufrirlo en un terreno pantanoso y que las tiendas eran poco abrigo para la continua lluvia y fríos. Así fué que después de perder todos sus caballos volvió a retirarse sobre Concepción, perseguido hasta el río Itata por partidas del ejército real.

El invierno había pasado y el ejército real se halló en estado de extenderse por toda la provincia de Concepción en columnas que al mando de diferentes jefes, deseaban hallar ocasiones de batir al enemigo. Una de ellas fué la de Elorriaga, con la cual nos dirigimos por Yumbel al otro lado del río Laja batiendo sobre nuestra marcha en Rere a una enemiga, que bajo el mando del Coronel O'Higgins pusimos en dispersión y retirada sobre Quilacoya [19].

Situada nuestra columna en Tarpellana fuí comisionado en varias ocasiones para atacar partidas enemigas de la otra parte del río que siempre conseguí poner en fuga.

En esta situación recibió orden Elorriaga de retirarse apresuradamente sobre Chillán, cuartel general de nuestro ejército, por saberse que el ejército enemigo había salido de Concepción sobre aquel punto [20]. Confieso que la idea de que podríamos volver a sufrir otro sitio me hacía estar pesaroso de ser militar y deseaba abandonar el ejército y volver a mi antigua profesión de comercio, pero el honor pudo más en mí que mis deseos y marchábamos cuando Elorriaga, dejando bajo mi mando la columna en la hacienda de San Javier, se fué al Cuartel General. No tardó en presentársème don Pedro Asenjo, Coronel de Ejército, nombrado por el General Comandante en Jefe de la columna. La tropa y oficiales, acostumbrados a ser mandados por Elorriaga, y por mí, lo reconocieron con repugnancia y él, conociéndolo, me invitó a que fuese su segundo. Yo no admití pero con el objeto de que no hubiese un escándalo de desobediencia marché con ella en dirección al río Itata, donde estaban otras partidas, que unidas a esta columna, debían oponerse al ejército de Carrera que se hallaba en el Roble a nuestro frente, el río Itata por medio.

Asenjo, Urrejola y otros comandantes de partidas celebraron una junta para acordar el modo de atacar al ejército enemigo en la posición que ocupaba y como yo no fuese llamado me resentí en términos de pensar seriamente no seguir más la carrera militar; tal efecto causa un desaire en militares de honor. Yo era capitán y encontraba a otros coroneles sin haber hecho los servicios que yo y que estos mismos me miraban con desprecio.

Se acordó por ellos que tomando el mando de toda la fuerza Asenjo pasase con toda la fuerza el río Itata, una legua más abajo del punto en que nos hallábamos, por un vado ignorado generalmente de todos menos de los prácticos que tenían nuestras partidas y cayendo por retaguardia del ejército enemigo al amanecer del siguiente, lo obligase a abandonar la posición que era fuerte por los flancos y frente a causa de ser una altura que le aseguraba por estos lados [21].

Yo sin darme por agraviado pasé con las tropas y concurrí al ataque bien que sólo como espectador. Yo así como conocí que el plan era en su origen aceptable conocí también que el resultado no sería la victoria.

Sucedió pues que atacado el ejército, o parte de él, de improviso, el General Carrera que así como era emprendedor y organizador de fuerza del ejército, carecía de valor en las acciones, no así O'Higgins que careciendo de las cualidades que asistían a Carrera era valiente hasta el caso de ser temerario [22]. Carrera al principio del ataque huyó por el único punto que le quedaba franco que era el pasar el río que servía de seguridad de la posición al ejército infidente y se fué a reunir a su hermano que mandaba una división en Coyanco, más abajo cuatro leguas, y O'Higgins sostuvo

[19] No menciona Quintanilla el segundo encuentro en Quilacoya, a que se refieren Barros Arana y Encina, en el que fueron derrotadas las tropas de Elorriaga. A propósito de esta última acción circuló en aquella época una historia que hace aparecer a Quintanilla degollando a un prisionero que arrastraban en la retirada. Un oficial patriota dice sobre el particular: "El íntimo conocimiento que desde mi juventud tuve de este sujeto me hace dudar de este hecho, que, a ser cierto, sería una prueba más de lo que la guerra civil desnaturaliza el corazón humano".

[20] Según Barros Arana y Encina, habría sido O'Higgins al mando de 500 hombres quien habría obligado a Elorriaga a retirárse sobre Chillán.

[21] Mackenna censura el lugar escogido por Carrera para acampar. Dice: "La posición que escogió don José Miguel era pésima, cubierta de árboles y rodeada de barrancos que facilitaban la sorpresa.

[22] Esta opinión de Quintanilla es de gran valor, dada la polémica que aún subsiste en Chile entre los partidarios de O'Higgins y Carrera.

el ataque contra nuestras tropas con el mayor tesón, parapetados los soldados nuestros así como los enemigos, detrás de las rocas en que abundaba la posición. Este por su duración de más de dos horas hacía conocer que concluiría por una retirada de nuestros soldados que sin orden ni formación, así como las del enemigo, sostenían la acción.

Previendo yo lo que sucedió, que nuestras tropas iban a abandonar el ataque en desorden y repasar el río a la inmediación de la posición, por un vado bastante difícil, reuní algunos soldados para sostener la retirada cuando llegase el caso y aumenté las fuerzas en el momento que ví se efectuaba, para contener a los enemigos que salieron inmediatamente en persecución de los nuestros que se precipitaban en desorden sobre el vado del río. La tropa que yo tenía formada contuvo la persecución de los enemigos y nuestros dispersos pudieron pasar el vado con menos precipitación, efectuándolo yo con la fuerza reunida sin que los enemigos nos molestasen considerablemente. Seguidamente continuaron las tropas su marcha a Chillán, cuartel general del ejército.

Luego se divulgó por los oficiales la circunstancia de que a no haber sido por mí que protegí la retirada al paso del río habrían perecido muchos de los soldados, y habiéndome presentado al General y pedido mi licencia para dejar el servicio fundado en los desaires recibidos, con haber nombrado al Coronel Asenjo Comandante de la columna, y no haberme citado a la junta que celebraron éste y demás jefes, me hallaba en el caso de solicitarla con empeño. El Comandante General que sabía que el haberse salvado muchos de los soldados al paso del río, y que no estaba dispuesto a desprenderse de mí, me satisfizo del modo más honorífico por aquel servicio y, a consecuencia de otros de que le hablaron en mi favor, me nombró Teniente Coronel de Ejército.

Como la división o ejército de O'Higgins, sin embargo de haber quedado dueño del campo se replegase a Concepción, desistiendo del proyecto que traía de volver a sitiar Chillán, nuestro ejército volvió a dividirse en columnas y a recorrer toda la provincia. En su consecuencia volvió a salir Elorriaga a la Isla de la Laja y yo como siempre, de 2º suyo.

Situada dicha columna del otro lado del río y viniendo en ella dos sujetos que habían servido en el ejército enemigo, don Angel Calvo y don José Barañao, ambos, el primero particularmente, sujetos de intriga y talento, se apoderaron de la estimación de Elorriaga, quien era un sujeto valiente pero no del talento de los dos que se le habían agregado, así que Elorriaga operaba a consecuencia de los consejos de ambos, que tenían, particularmente el primero, mucha influencia sobre él. No había movimiento que se emprendiese con la columna que no fuese dictado por ellos y para la persecución de partidas enemigas de continuo se me destinaba a mí sin que ellos se separasen del lado del Comandante.

Viendo yo que para estos servicios, y sin que ellos se ocupasen de ejecutarlos, sólo se contaba conmigo, no pude menos (ellos presentes) de manifestar a Elorriaga mi justa queja y en su consecuencia pedí mi separación de la columna con tal que se me diesen 25 hombres de caballería, dragones con los cuales pasaría el Bío-Bío y me prometía organizar una columna en el territorio de Arauco que media entre dicho río y el mar. Elorriaga accedió y los dos consejeros lo aplaudieron tal vez para deshacerse de mi presencia. Marché con mis 25 dragones a Arauco, aumenté allí la fuerza con los que se me presentaban, tuve un parlamento con los Caciques de los indios araucanos. Colo-Colo, Caupolicán, Lautaro, etc., descendientes de los antiguos Caciques de que tanta mención hace Ercilla en su historia la *Araucana* y viéndolos decididos a proteger la causa del Rey les pedí doscientos indios de caballería, súbditos de estos Caciques independientes, y con éstos y la fuerza que había podido reunir de fusil, pues los indios usan lanza y que todo ascendía a 300 hombres, marché sobre San Pedro [23], pequeño fuerte a orilla del Bío-Bío, frente a la ciudad de Concepción donde estaba todo el ejército enemigo. La guarnición que tenía éste en San Pedro se embarcó precipitadamente así que me descubrieron y quedé dueño del punto y a distancia de tiro de cañón, río Bío-Bío de por medio, del ejército enemigo.

Situaron los enemigos una batería con cañones de 24 sobre la orilla y me enviaban algunas balas que yo no podía contestar por falta de esta arma.

[23] Encina afirma que Elorriaga ordenó a Quintanilla ocupar San Pedro, desconociendo, como es natural, la separación de ambos.

Mi primera atención fué el hacerme práctico de todos los canales que de la orillo opuesta y por entre los bancos de arena se dirigía la que yo dominaba, poniendo allí destacamentos, particularmente de noche para rechazar, algún desembarco con las lanchas y balsas que tenían al efecto.

El tener artillería me era muy esencial y sabiendo que en el fuerte de Nacimiento, más de 30 leguas río arriba, había dos cañones a la puerta de él, que por inútiles se habrían puesto como guardacarros, los hice traer en balsas río abajo, así como balas del mismo calibre que había en abundancia y una porción de pólvora ya desvirtuada que más era polvo pues hacía muchos años existía allí. Reconocidos los cañones encontré que hallándose interior y exteriormente carcomidos, pues eran de hierro con los oídos tan grandes que cabía un dedo por ello, era muy expuesto hacer fuego sin todas las precauciones necesarias. Mas tenía artillería y sólo esto animaba a mi pequeña división y alarmaba al enemigo. Por fin los hice limpiar, los monté sobre ruedas bajas de unas carretas y procedí a la prueba cargándolos con doble cantidad de pólvora tanto porque estaba esta, como dejo dicho, sin fuerza, como por la que debía salir en la explosión por los grandes oídos. El resultado fué magnífico, las balas no sólo llegaban a la batería enemiga sino hasta la misma plaza de Concepción y ya podía contestar a los fuegos de la batería enemiga. Tambien hice construir veinte balsas compuestas cada una de cuatro o más vigas de ciprés (madera que boya) y con estos aparatos y haciendo o figurando ser mucho el número de tropa que tenía hacía entrar en el fuerte a mis soldados con ponchos puestos, se los quitaban en él y saliendo por la parte opuesta volvían a entrar en él sin ellos, luego hacían nueva salida y entraban en mangas de camisa de modo que no quedaba más arbitrio que el que entrasen en cueros.

Todo esto que observaban los enemigos, con sus anteojos y a la simple vista, les hacía creer que recibía refuerzos y que era triplicada la fuerza a la que realmente tenía. Con estas estratagemas pude evitar que el enemigo se determinase a atacarme pasando el río y que indudablemente lo habría hecho al saber que mis fuerzas sólo constaban de 100 hombres con fusil y doscientos indios, que si en tiempo que escribió Ercilla su *Araucana* eran tan temibles, en la actualidad deben haber degenerado. Para lo único que me servían era para destacamentos o piquetes en toda la orilla y para patrullas, que en este servicio son verdaderamente muy vigilantes.

Yo y toda mi fuerza por las noches asistíamos a caballo rondando y ocupando los puntos donde podrían hacer desembarcos los enemigos quienes lo intentaron algunas veces y no lo llevaron a efecto temiendo ser destruídos, llegando el caso de habérseles sublevado la tropa después de embarcada, negándose a ello.

Mi vigilancia no se limitaba solamente a guardar los puntos de desembarco, pues todas las noches apostaba uno o dos pequeñas balsas que observasen los movimientos que notaban en sus barcas y balsas para recibir aviso de si intentaban el paso del río y los canales que seguían.

En esta situación existía en San Pedro durmiendo toda mi fuerza por el día y velando de noche, bien seguro que de este modo evitaba una sorpresa y llegó a tal la costumbre de hacer de la noche día y del día noche que, en mucho tiempo después, me habitué a este régimen que me costó ir dejando. Tal es la costumbre en el género humano.

Otra de mis atenciones fué el de tener buenos espías que, por fidelidad y afecto a la causa del Rey y la nación, pasaban diariamente el río luego que anochecía, en una pequeña balsa de cueros de lobo y que llegando a la orilla opuesta y a un paraje montuoso, le extraían el aire y la ocultaban en el monte, volviendo antes del amanecer al punto donde la dejaron para llenarla de viento y venir a traerme noticias de cuanto pasaba en el ejército enemigo, y les comunicaban personas adictas y de mi confianza. De este modo sabía yo por la mañana las tropas que salían del ejército enemigo y su dirección que ponía por propios en conocimiento del General del Ejército cuando eran de importancia.

Pude entrar en comunicación con el oficial de artillería Aristizabal, encargado por los enemigos de la construcción de cartuchos, y se me manifestó tan adicto, que me ofreció volar, dejando una mecha encendida en el almacén de pólvora, toda la que tenían.

El almacén estaba en el Palacio del

Obispo, en la plaza continúa a la Catedral. El resultado de este hecho no podía dejar de aceptarlo pues que además de dejar al enemigo sin este artículo podría combinarse un ataque con nuestras tropas en día y hora determinados, pero había la circunstancia de tener los enemigos dos Coroneles, don N. Guajardo y otro, prisioneros en una habitación encima del almacén y esto me obligó a contestar a Aristizabal negándome a aceptar, y como él deseaba venirse a San Pedro hube de abandonar su proyecto que podría haberse efectuado más adelante si sacaban a los Coroneles de aquella habitación. Así fué que se echó al río y atravesando canales y bancos de arena apareció una mañana con otros *pasados,* que todos los días tenía, en un banco de arena en medio del río donde pasaban las balsas a recogerlos al amanecer.

Yo no tenía un real en dinero ni nadie exigía pagas, ni había pan y tanto yo como los oficiales y tropa no comíamos sino carne de vaca salada y muchas veces sin sal por carecer también de este artículo, ni teníamos más ropa que la puesta ni más camisa; era necesario estar sin ella mientras se lavaba y secaba. Todo faltaba menos entusiasmo y decisión por la causa del Rey de España.

Así seguimos dos meses, siempre ideando nuevos modos como hostilizar al enemigo. Un día noté que tenían al pasto en la orilla opuesta en Gualpén como cien famosos caballos y queriendo aprovecharme de ellos elegí doce hombres valientes y nadadores que fuesen a traerlos. Efectivamente, embarcados éstos en balsas de cuero de lobo en que llevaban sus fusiles, llegaron al rancho o casa donde estaban los soldados potrerizos que los guardaban y sorprendidos prisioneros se encargaron parte de escoltarlos y otros de arrojarse al río montados arreando todos los caballos que llegaron a mi orilla sin novedad así como los prisioneros en las balsas. Los caballos eran en su mayor número del General y jefes del ejército y yo, después de separar los mejores que remití al General y demás jefes amigos del ejército, distribuí los demás a los que los habían traido, a oficiales y a otros individuos de mi columna que los necesitaban [24].

[24] Encina menciona este hecho como demostración de la desorganización del ejército patriota.

En esta situación arribó a Arauco, 20 leguas a mi retaguardia, el bergantín de guerra *Potrillo,* de 8 cañones, conduciendo a su bordo al Brigadier don Gavino Gaínza enviado por el Virrey del Perú a relevar en el mando del ejército al benemérito, Coronel ya, don Francisco Sánchez Traía en su compañía algunos oficiales y tropa del *fijo* de Lima, de que era Coronel. También llegó al mismo punto un buque de Chiloé con trescientos hombres de infantería. De estos dispuso el nuevo General pasase a San Pedro, a mis órdenes, una compañía y un cañón de montaña con sus municiones. Yo hice conducir, en un buque que salió de Valdivia, un mortero con cantidad de bombas que fueron motivo de terror luego que se supo en Concepción mi ánimo de bombardear la ciudad porque jamás habían experimentado y sí oído prodigios de este proyectil.

Con estos refuerzos, que con los pasados ascendía mi fuerza a más de 400 hombres ya deseaba pasar a la orilla opuesta y atacar la ciudad que estaban fortificando porque iba a salir O'Higgins, ya General del ejército por haber sido depuesto Carrera, el cual al marchar para Santiago de Chile cayó con sus hermanos, también generales, prisionero por una de las partidas de nuestro ejército [25].

Luego que yo tuve este cañón y el mortero quise hacer uso del último y al verificarlo me encontré con que ni el oficial de artillería *pasado* ni los artilleros habían visto morteros ni tenían conocimiento de su uso. A mí me sucedía otro tanto, pero sin embargo emprendí hacer la prueba de dirigir una bomba a la ciudad para si me salía bien continuar la operación. Situé pués el mortero, lo cargué de pólvora llenando toda la cavidad cónica que tenía, llené igualmente la bomba colocando la espoleta y cerrando perfectamente con tierra el gollete y puesta la bomba perpendicular al mortero la ataqué por los lados con tierra bien apretada, luego hice la puntería en dirección a la torre de la Catedral y con la elevación de la boca del mortero de 45 grados. En este es-

[25] Es una lástima que Quintanilla no haya sido el jefe de estas partidas, porque así nos habríamos impuesto, sin lugar a dudas, del origen de la captura de los hermanos Carrera, que algunos han atribuído a traición de O'Higgins o de sus partidarios.

tado puse un artillero con el lanzafuego a la espoleta y otro al fogón dando las voces de fuego a la espoleta, fuego al mortero. La explosión fué terrible, yo había hecho retirar toda la tropa que estaba agolpada al mortero. La bomba salió hecha cascos del mortero, éste con grandes hendiduras y los cascos de la bomba cayeron a poca distancia. Yo pienso que la pólvora de la bomba y del mortero se inflamaron al mismo tiempo y que ésta se hizo pedazos por la resistencia de la tierra con que estaba atacada.

Mi prueba por haber visto que la bomba no había llegado a la ciudad ni saber a dónde habría ido, fué grande, y yo quedé poco satisfecho de mis conocimientos en el arma.

Lo que surtió un efecto admirable fué el haber montado mi cañón de a cuatro de montaña en una balsa con la cual, protegida por otras con tropa, se iba cerca de la orilla opuesta a tirar metralla y balas. Esta invención fué exclusivamente mía. Coloqué dos palos redondos bien atados sobre una balsa de tres vigas, encima de estos coloqué dos morrilos, atravesados también, redondos y sobre ellos el cañón de modo que al retroceso amarrado como estaba a los morrillos y éstos a las varas o palos, corría perfectamente; así se le hacía ir para adelante en batería. Dos hombres eran los necesarios para guiar la balsa uno y otro para cargar y hacer fuego con el cañón cuya puntería la debía fijar la dirección de la balsa, y siempre el tiro horizontal. Como he dicho, este cañón que iba tapado y no lo notaban los enemigos les causó admiración cuando vieron el efecto.

El ejército enemigo salió de Concepción y el General Gaínza salió de Chillán con el del Rey. Marchaban ambos ejércitos seguido el enemigo por el de Gaínza en dirección al Maule y con ánimo Gaínza de atacarlo al pasar el de O'Higgins el río, que al fin no se verificó, ni es mi ánimo alargar mi relación con otros hechos que los que han pasado por mí y a mi vista.

No quedaba en toda la Provincia de Concepción con la ida de O'Higgins al otro lado del Maule más fuerza enemiga de unos 400 a 500 hombres en la ciudad de Concepción donde mandaba una Junta. La ciudad, como dejo dicho, había sido fortificada con anchas trincheras en las boca-calles de la plaza y transversales; fosos anchos y profundos y artillería de grueso calibre en las trincheras. El General Gaínza dió orden al Coronel Intendente D. Matías la Fuente de que saliera con 150 hombres y dos cañones y, en combinación conmigo y un jefe Pando que estaba en Gualqui, atacase y tomase la ciudad. La Fuente nos comunicó la orden para que en la noche del día que se efectuase pasase yo el río y Pando se aproximase así como él lo haría del mismo modo a fin de amanecer a la inmediación de la ciudad por tres distintos lados.

Se verificó como prevenía. Yo procedí al paso del río con las balsas y habiendo tomado tierra con la infantería muy inmediato a la ciudad ocupé la fuerte posición que me proporcionaba dominar un destacamento que tenían los enemigos a su pie para custodiar sus lanchas. Apoderados de éstas, las remití a la orilla opuesta y pasaron muy luego mi caballería e indios de modo que al amanecer ya yo tenía mi división de la otra parte del río y en posición ventajosa, así como Pando a la misma hora rompió el fuego sobre las avanzadas enemigas de aquella parte y la Fuente por la suya. El sitio quedaba formado y nuestra comunicación de las tres divisiones expedita.

Pasé a ver al jefe principal la Fuente quien dispuso que con alguna fuerza fuese yo al puerto de Talcahuano con objeto de posesionarme de él para que entrasen al fondeadero dos buques de guerra nuestros: *La Sebastián* y *El Potrillo* que estaban bloqueándole y al regresar para mi campamento, para ir a cumplir esta orden que debía ejecutarse en el mismo día, salió una partida de la plaza haciéndome fuego a mí y a mi escolta y siguiéndome bastante trecho lo que motivó que hiciese venir parte de mi fuerza la cual interponiéndose entre ella y la ciudad la cargó por la retaguardia haciéndola prisionera. Este hecho motivó el que se internase mi fuerza en la ciudad y tomase una de las trincheras de calle transversal que nos ponía a 160 varas de la plaza. Concurrí con toda mi fuerza, avisé al jefe principal y a Pando para que atacasen por sus respectivos puntos y como la Fuente no aprobase el ataque me ordenó volviese al punto de mi primera posición. Yo estaba ya empeñado en el ataque en términos que no podía abandonarlo, pues

si lo hacía me exponía a ser derrotado en la retirada. Viendo que Pando por su lado también atacaba, conseguí adelantar mi posición hasta el extremo de dominar la plaza con mis fuegos por encima de los tejados y abriendo agujeros en las paredes de las casas (que son de adobe o tierra), penetrar en las que caían a otra plaza en las cuales había, así como en los tejados, lucha de hombre a hombre. En esta disposición y noticioso la Fuente de lo que avanzaba, concurrió al ataque también por su lado y con las dos piezas de a 8 que traía el fuego se generalizó, pero era difícil pasar los fosos en las bocacalles y asaltar las trincheras. Entonces se me ocurrió el verificar el asalto del modo siguiente:

Había en un almacén una porción de sacos o balas de algodón; las hice sacar y conducir a la bocacalle con el objeto de que sirviesen de parapeto a los soldados y que rodándolos ellos mismos fuesen haciendo fuego cubiertos. Detrás, con otra trinchera también ambulante, iba a situar 50 marineros con los cuchillos que usan para los abordajes y los cuales se me habían presentado horas antes viniendo de Talcahuano de donde había huído la guarnición enemiga y tomado posesión los buques.

En esta operación me hallaba y con la cual conseguí llenar el foso con los sacos cuando se presentó un parlamento enemigo que me remitía para tratar de entregar la plaza al Comandante en Jefe don Matías la Fuente. Yo oí al parlamentario que proponía evacuar la plaza con tal que se permitiese salir a la guarnición con armas y reunirse a su ejército. Le negué toda condición que no fuese rendirse a discreción y quedar prisioneros de guerra, en la inteligencia le dije enseñándole los 50 marineros, que cuchillos en mano le presenté, que iban a entrar y sin dar cuartel. El parlamentario se asustó, volvió a la plaza, comunicó mi contestación a la Junta y jefes y contestaron que se rendían, como se verificó saliendo la guarnición sin armas prisionera y yo entré con mi columna victorioso [26].

Esta acción, en que sin duda fuí el principal actor, apenas mereció mención ni recibí por ella ni por los servicios en San Pedro, según lo dejo relacionado, gracia alguna, bien lo causó que cuando esto sucedía, el General Gaínza estaba tratando de paz con el general enemigo.

Salí, tomada la ciudad de Concepción, con mi tropa, excepto los indios, a incorporarme al ejército que se hallaba en Talca, 60 leguas de Concepción y como en el camino recibiese orden de pasar a Chillán, por haberse hecho la paz entre ambos ejércitos, tomé aquella dirección dejando a la tropa siguiese al cargo de un oficial. Luego que llegué supe que un artículo del tratado era que los batallones de Chiloé y Valdivia regresasen a sus provincias y plazas, que todos los demás oficiales y jefes que al tiempo de principiar la guerra eran particulares o paisanos quedaban como eran o habían sido, paisanos, y que quedaban anulados todos los grados y empleos dados durante la guerra.

Este tratado, en el que ofrecía el Gobierno de Chile reconocer al Rey de España, era un pretexto para que saliesen del territorio las tropas, y como el General Gaínza se había excedido de las instrucciones que tenía del Virrey, hubo una conspiración contra él y los jefes y oficiales en junta se negaron a cumplirlo, como así sucedió.

Para mí me era indiferente, pues, si bien había adquirido alguna afición a la carrera militar me hallaba dispuesto no obstante a volver al comercio, que aunque sin capital tenía crédito, y me habría sido fácil volver a restablecer mis pérdidas. Así es que habiéndome presentado al General le dije que me iba a Lima y que me diese una licencia o documento que me autorizase para hacer ver que había servido en el ejército. Este me contestó negativamente manifestándome que no se llevaría a efecto el tratado [27] y él para complacerme me dijo que si quería irme fuese a Talcahuano de cuyo puerto me nombraba Gobernador Militar.

Acepté y fuí a Talcahuano donde estuve dos meses de Gobernador hasta que habiendo desaprobado el Virrey los tratados de Gaínza con O'Higgins remitió en relevo del primero al Brigadier de Artille-

[26] La versión de Quintanilla de la toma de Concepción es bastante diferente de las de Barros Arana y Encina. Estos afirman que la rendición fué condicionada y que los realistas faltaron a su palabra.

[27] Esto demuestra que a poco de firmar el Tratado de Lircay, Gaínza ya estaba resuelto a no cumplirlo y que cuando le llegó la desaprobación del Virrey, dos meses después, según Quintanilla, ya había adoptado, por consiguiente, tal resolución.

ría don Mariano Osorio, en el navío *Asia*, y a su bordo el Regimiento Peninsular *Talavera*, una o dos compañías de artillería y el cuadro de un escuadrón de caballería que debía denominarse *Carabineros de Abascal*, cuyo equipo de vestuario, montura y armamento venía encajonado a cargo del comandante de él, Amezaga, quien había dado toda su fortuna de 16 mil pesos para dicho equipo con la condición de ser jefe de dicho escuadrón que debía contar tres compañías según el reglamento de caballería antiguo.

Recibí en Talcahuano al nuevo General y todo lo que dejo referido, que al día siguiente se puso en marcha para Concepción.

Amezaga, el Comandante de Carabineros, venía gravemente enfermo y a los dos días de llegar a Concepción murió. Con este motivo el General Osorio me nombró a mí comandante de este escuadrón que como digo estaba en los cajones y me prevenía que lo reclutase, que lo montase y me pusiese en marcha a alcanzar al ejército en Talca. Cuando quise pasar a verlo para decirle las imposibilidades de cumplir su orden ya había marchado. En tal apuro le oficié pidiéndole oficiales, sargentos y cabos que hubiesen servido en caballería y podrían sacarse del Regimiento de Infantería de Talavera, me remitió algunos sargentos y cabos pero no oficiales de aquel cuerpo y sí de otros del país. Yo no perdía entretanto tiempo de organizar mi escuadrón y di principio después de desenfardar los efectos, al alistamiento, fijando edictos en las esquinas y ofreciendo dos vestuarios a cada soldado, uno para cuartel y otro de gala. Mi alojamiento se llenó de pretendientes y casi todos habían servido en el ejército enemigo que no era obstáculo para dejar de recibirlos si su talla y robustez eran buenas, de modo que el cirujano reconociendo, el o los peluqueros cortándoles el pelo y los cabos lavándoles en una acequia, así como otros vistiéndolos y pasar al ejercicio de posición era obra de un momento y que no paraba. A los 4 días ya tenía la fuerza completa a la que se agregaron algunos soldados y marineros del navío *Asia* que, desertores, se me presentaban y yo recibía aunque con reserva.

Salí a los seis u ocho días de haberlo hecho el General de Concepción llevando mi escuadrón de tres compañías a pie para montarlos sobre la marcha. Remití al intento cuatro hombres del mismo a requisar o, mejor dicho, a robar caballos y que me los sacasen al camino. Se dieron tal maña estos y otras partidas que cuando entré en Talca iba con el escuadrón montado.

Allí estaba el General con las compañías de preferencia de los batallones y alguna caballería, pues las demás tropas habían marchado en dirección a Santiago. Allí también izó el escuadrón el estandarte y fué revistado por el General quien quedó satisfecho tanto de la prontitud con que había formado y organizado el escuadrón así como de la buena presencia y talla de la tropa que como he dicho, proporcionó el escoger del mucho número que se presentó en Concepción. Los caballos eran endebles, como tomados de los primeros que se encontraban en el tránsito, por la urgencia de montar la tropa y marchar sin detención a reunirme al ejército. En la marcha y siempre que lo permitía el terreno, sobre ella se desplegaba en batalla, se marchaba en esta disposición, se volvía al de columna, se disminuía y aumentaba el frente, etc., de modo que la pude presentar al ejército en un regular estado de instrucción [28].

Al día siguiente emprendió marcha el General con las tropas que componían la división y entre ellas mi escuadrón. Había llovido y el río Lircay, próximo a Talca, venía muy crecido y no se podía pasar a vado por ser muy correntoso. Las divisiones de vanguardia se hallaban muy adelantadas y se temía fuesen atacadas por el ejército enemigo antes que llegase a incorporarse a ellas la que conducía el General quien se hallaba impaciente por

[28] La capacidad de organización, el criterio militar justificado por la larga defensa de Chiloé, hacen acreedor a Quintanilla del juicio de Encina, que afirma que podía figurar honrosamente en cualquier ejército europeo de aquella época. El relato de la organización del escuadrón de caballería da una gráfica idea de la forma en que se improvisaban los ejércitos que lucharon en la revolución americana.

La confesión del robo de caballos demuestra la franqueza con que Quintanilla escribe sus memorias y valoriza las interesantes informaciones que su autobiografía contiene. Encina dice al referirse al Regimiento de Talavera: "Para darse cuenta de lo que representaban los 600 soldados españoles de línea, es necesario recordar, una vez más, el juicio de un juez *tan competente como imparcial*... el General Antonio Quintanilla.

el obstáculo que presentaba el paso del río. El General y Estado Mayor lo pasó en una balsa que se construyó, de barriles y tablas. La infantería podría hacerlo también de este modo muy paulatinamente, pero la caballería que además de mi escuadrón contaba de otro de Húsares y algunos dragones, debía pasarlo a nado, si era posible atendiendo a la corriente y profundidad. Yo con mi buen caballo hice la prueba, me arrejé al río quitando el freno o bocado al caballos y cuando éste nadando llegó al medio del río noté que la corriente me hacía perder el caballo y era porque yo le dirigía con la mano y riendas directamente al frente. Así pues le varié la dirección poniéndole río abajo de modo que la corriente le diese sobre un cuarto trasero y siempre inclinándolo a la orilla opuesta. Entonces noté la facilidad y seguridad de poder pasar a nado mi escuadrón y en confirmación bajo el mismo modo volví a repasarlo y puesto al frente del escuadrón mandé desfilar y que me siguiesen con las tercerolas levantadas en una mano y guiando con la otra los caballos. El escuadrón pasó sin novedad y la demás caballería lo verificó igualmente.

Continuamos la marcha y nos incorporamos a las demás tropas, en la hacienda de Valdivieso, a dos leguas de la villa de Rancagua donde se hallaba el ejército enemigo al mando de O'Higgins. Allí se me destinó de avanzada sobre el río Cachapoal que dividía mi situación de la de dicha villa y tuve ocasión de acostumbrar el escuadrón, que ya se hallaba con buenos caballos, al fuego, con tiroteos entre él y partidas de caballería enemigas que pasaban a la parte donde me hallaba, como igualmente a formar al frente de una batería enemiga y fuera del tiro de metralla para acostumbrarlo a mantenerse firme a las balas de cañón que nos dirigía la batería.

Pasados algunos días se puso en marcha el ejército para atacar al enemigo. Mi escuadrón fué destinado a la división de vanguardia. Pasó el ejército el río Cachapoal, presentó la batalla al enemigo, mas no la aceptó, quedándose en la villa a cubierto de sus calles atrincheradas. El ejército real pasó a atacarlo en sus atrincheramientos y la acción duró toda aquel día 1º de octubre y 2 del mismo, que fueron disputadas a palmos las casas para aproximarse nuestras tropas lo más posible a la plaza de la villa. En esta situación aparece una fuerte división de caballería procedente de la capital, al mando del caudillo Carrera, que había sido General del ejército independiente, en socorro de los sitiados [29]. Osorio creyó que podrían reunirse éstos con aquélla y determinó levantar el sitio y ponerse en retirada. Me llamó para comunicarme su resolución y que estuviese listo para proteger ésta, pues iba a dar orden que se efectuase. Yo me admiré de esta resolución y no pude menos de decirle que si la ponía en ejecución contase con que se pasaban al enemigo la mayor parte de los soldados del país, incluso los de mi escuadrón, porque en iguales circunstancias siempre había sucedido lo que experimentaría si llevaba a efecto la retirada y que la división de caballería que traía Carrera, como que lo más se componía de tropas de milicia, era fácil batirla con nuestra caballería reunida y que por ser el ataque en las calles de infantería contra la misma arma, podía reunirse y atacar a la enemiga de Carrera a cuya ejecución me ofrecía yo. El General se convenció y dió orden para que la caballería se pusiese bajo mi mando. Yo salí de la cañada al frente de mi escuadrón y apenas me presenté al frente del enemigo éste se puso en fuga desordenada, quedando, pues, libres del temor de que se reuniesen al ejército que estaba sitiado en la plaza [30].

Los enemigos que vieron les faltaba el refuerzo y que tan cobardemente los había abandonado se deciden a salir de la plaza por diferentes calles echando por delante, y en tropel, porción de mulas y caballos que tenían. Su salida fué el preludio de nuestra victoria, se hizo una carnicería horrorosa, más de dos mil prisioneros, pero O'Higgins y los principales jefes lograron romper por entre nuestras

[29] Quintanilla confunde a don Luis Carrera con don José Miguel.

[30] Encina dice que en vista de la enconada resistencia de los patriotas, Osorio habría resuelto levantar el sitio, lo que no se realizó por desobediencia de los jefes divisionarios. Tal desobediencia no es mencionada por Barros Arana. Al ver Osorio aparecer la división de Carrera, insistió en retirarse y en este punto Barros Arana y Encina están de acuerdo. En su relato, Quintanilla se refiere solamente a esta segunda decisión, de lo que se desprende que o ignoró la primera decisión de Osorio y los incidentes a que ella dió lugar o no hubo nada de ello.

tropas a escape y salvarse. Allí dejaron cuanto tenía su ejército. El saqueo y el incendio eran por otro lado lo más desordenado, pues, los enemigos, al tiempo de salir, dejaron incendiadas las casas y particularmente la en que tenían sus municiones en la plaza.

Concluída esta acción en la que tuve la parte que dejo expuesta, recibí orden del General de seguir la persecución de los fugitivos hasta las Angosturas de Paine donde habían o tenían una batería y se presumía se reuniese en ella con las fuerzas de Carrera[31], y me previno saldría seguidamente los cuerpos de caballería en pos de mí.

Emprendí la marcha hasta la batería expresada que distaba seis leguas de Rancagua y como no encontrase enemigos, la continué otras cuatro más hasta las orillas del río Maipo donde presumía hubiesen hecho alto para disputarnos el paso del vado de este caudaloso río y caso de no, pasarlo yo para que estuviese expedito al ejército.

Yo di parte al General de mi determinación desde Paine, así como desde Maipú, donde tampoco encontré enemigos y resuelto a no pasar de allí sin nueva orden acampé con mi escuadrón. Era al anochecer cuando se presenta una partida de caballería al mando de aquel Coronel Asenjo que en el Roble me desairó según dejo dicho, seguidamente otra, como de 150 caballos, al mando de don Leandro Castilla. En fin, iban llegando las partidas de caballería de nuestro ejército que el General había mandado siguiesen la marcha.

El pasaje siguiente es digno de atención y pone en claro mi compromiso.

La partida de Asenjo pasó el río y continuaba su marcha hacia la capital. Mi escuadrón se hallaba pie a tierra y quitadas bridas y Asenjo sin más que saludarme prosiguió su marcha. Le reconvine diciéndole que yo traía la vanguardia, que la orden que había recibido del General era de llegar a Paine, que me había adelantado hasta aquel vado por asegurarlo y que habiendo dado parte al General, ni yo ni nadie pasarían de allí sin recibir orden de dicho General.

Castilla que había llegado en aquellos momentos manifestó que él seguía a Asenjo, que si Asenjo pasaba él también, y que si seguía, igualmente lo haría él.

Se verá que dependía de Asenjo la voluntad de Castilla y que Asenjo influído además por un capitán de mi escuadrón don Angel Calvo (aquel que por sus intrigas causó mi separación de Elorriaga en la Isla de la Laja) y por otros oficiales del mismo, partidarios de este capitán, trataron de hacerle llevar a efecto su pensamiento de continuar la marcha no obstante las reflexiones que yo le hice. Pero yo constante en no infringir las del General dije terminantemente que nadie pasaba de allí. Esto llevaba carácter de un escándalo en que podríamos llegar a usar de las armas y como oyese yo la expresión que por cobardía me resistía a marchar sobre la capital de Santiago (que distaba ocho leguas) me puse en el caso de desmentir aquel baldón y para que en ningún tiempo se juzgase que la cobardía había entrado en mí y que el no marchar era efecto de ser fiel observador de las órdenes superiores. No obstante y conociendo la grave falta que cometía y que podría ser causa de sufrir la batida de la caballería y privar al ejército de parte de esta arma, no obstante todo, y para que en ningún tiempo se dijese de mi ser por cobardía, marcharemos, bien sabido que si sufrimos un contraste yo soy el principal responsable por infringir la orden. Di parte al General de que continuaba la marcha sobre la capital y la emprendimos. La división que iba a mi orden serían quinientos caballos. El General, según después supe, pensaba detenerse algunos días en Rancagua para componer el armamento y las cureñas de dos obuses y otros cañones, pues, creía encontrar nueva resistencia antes de ocupar la capital, así que debió sorprenderlo mi aviso de dirigirme a ella. Seguimos marchando toda la noche y como a eso de las 12 de ella encontré una diputación o comisión de personas respetables de la capital que instaba apresurase la marcha porque los enemigos, sabiendo nuestra proximidad, habían desistido de organizarse y hacer resistencia, a cuyo efecto habían pensado fortificar la Casa de Moneda y otras, y que a su salida trataban de

[31] Barros Arana y Encina afirman que apenas entró Osorio a Rancagua y vió las pérdidas patriotas se dió cuenta que la lucha había concluído. De estas palabras de Quintanilla y de lo que dice más adelante, se desprende que hasta la ocupación de Santiago, Osorio temió que las fuerzas patriotas se reorganizaran y le presentaran nueva batalla.

retirarse saqueando antes las casas y tiendas, etc. Yo les manifesté que continuasen su marcha a Rancagua a decírselo al General y que le dijesen también habérmelo dicho a mí, que seguía marchando.

Al amanecer llegué a los arrabales de la ciudad donde formado con la caballería esperaba aclarase bien el día para remitir partidas para explorar si había o no enemigos en la ciudad y habiéndolo hecho y sabido que en aquel momento salía por la parte opuesta la caballería enemiga, entré con la mía a la plaza mayor [32], siendo recibido por el tránsito con las demostraciones más satisfactorias de vivas, etc., y como era regular mandé situar una compañía en la *Cañadilla* que era el punto por donde podría volver el enemigo si pensaba atacarme, así como enarbolar una bandera española, que me presentó un vecino, encima de la Real Audiencia cuyas llaves como las demás de los edificios públicos me fueron entregadas y en seguida hice publicar un bando nombrando al Coronel Pisana, español y persona distinguida, residente en la capital, por Gobernador interino de la ciudad y dejando otra compañía en la plaza me retiré con toda la caballería fuera de la ciudad al punto desde donde había salido una hora antes que llamaban *El Conventillo* y di parte al General de cuanto llevo expresado manifestándole que había tomado aquellas providencias por considerarlas de necesidad y que esperaban serían de su aprobación.

En este estado y pie a tierra las tropas con bridas quitadas, los caballos comiendo hierba o alfalfa, me entré en *El Conventillo* donde había uno o dos frailes que partieron conmigo su pobre comida. Yo había dejado la orden que nadie se separase de sus puestos y que a lo más los oficiales mandasen a algunos soldados a las casas más inmediatas a comprar alguna cosa para comer, cuando recibo un parte del comandante de la compañía avanzada de que el enemigo regresaba a la capital.

Salgo, hago tocar llamada y me encuentro sin ningún oficial y muy pocos soldados. Mi situación era crítica. Si el enemigo sabiendo mi fuerza me atacaba con infantería era expuesto a ser derrotado. Los oficiales se hallaban internados en las casas de la ciudad y la tropa no sé dónde. De pronto mandé que corriesen a tocar llamada por las calles, hice montar los soldados que iban llegando y retirar las dos compañías avanzadas y conforme todo se iba efectuando y así que tuve toda la fuerza a caballo, di la orden y me puse en marcha en retirada hacia el Cuartel General de Rancagua. Apenas se había empezado a marchar cuando se me acercan los jefes de las dos partidas y algunos oficiales a suplicarme que no siguiese marchando, yo les *improperé* su conducta, que después de haberme comprometido a venirme a la capital habían abandonado su puesto y que yo no quería ser responsable de la pérdida de la caballería y tal vez del ejército.

Los jefes y oficiales insistieron en rogar no siguiese la retirada ofreciéndome no volverse a separar de sus compañías y en consecuencia volví al punto de donde había partido (*El Conventillo*) y las compañías a la plaza y cañadilla, verificándose que la vuelta del enemigo no era cierta.

El siguiente día por la tarde llegó el General con las compañías de preferencia de los cuerpos y el resto de la caballería y habiendo salido yo a encontrarlo, me recibió del modo más brusco delante de toda la oficialidad, diciéndome, *lo he de fusilar a Ud.* En balde le hice ver las circunstancias que habían precedido a haberme excedido de la orden. Las noticias de que los enemigos iban a saquear y quemar, todo esto no sirvió sino para que más se incomodase, diciéndome por último (y dijo bien) que ni las invectivas de los oficiales ni que la ciudad fuese saqueada ni quemada deben a un militar hacerle dejar de cumplir las órdenes de sus superiores y que si hubiese sido derrotada la caballería, yo únicamente sería el responsable del mal que podría haber sucedido al ejército.

Efectivamente tenía mucha razón, pero

[32] La ocupación de Santiago por Quintanilla no fué, pues, ordenada por Osorio, como creen los historiadores chilenos, sino la consecuencia de la verdadera carrera que se organizó entre las fuerzas españolas por llegar a la capital. Los párrafos que siguen y que relatan la indignación de Osorio por haberlo privado Quintanilla de la gloria de entrar el primero a Santiago y la forma bondadosa en que el jefe español olvidó este hecho, incluso recomendándolo para un ascenso, confirman la fama de hombre benévolo y bien intencionado que el General Osorio dejó en Chile y la presunción de su escasa participación en las persecuciones realizadas por San Bruno por propia iniciativa y por inspiración de españoles residentes muy exaltados.

felizmente no había sucedido sino mucho bien y al no haber yo obrado del modo que lo hice habría sido probable que los enemigos reunidos con los muchos recursos de la capital habrían presentado nueva acción. Ejemplo de esto es lo que pasó en el mismo Reino en la segunda campaña mandada por el mismo Osorio que después de la victoria conseguida por el ejército real en *Cancha Rayada* por haber quedado en Talca el ejército después de la victoria sin perseguir a los enemigos dispersos, dió tiempo al General insurgente, San Martín, a reunir fuerzas en Santiago y salir al encuentro de nuestro ejército derrotándolo tan completamente que no pudieron salvarse sino muy pocos y entre ellos el mismo Osorio.

Montó a caballo el General y atravesó la ciudad a la parte opuesta seguido de la tropa que traía y de la caballería sin que se hiciese ninguna demostración pública, pues ésta ya se había hecho a mi entrada en que llovieron flores sobre mi cabeza y la columna de mi mando, lo cual no es extraño lastimase el amor propio del General, viendo que lo había yo anticipado y que no recibía el homenaje que de otro modo habría tenido.

Situado el General en una casa, en *La Cañadilla,* fueron llegando los cuerpos del ejército y todos se acuartelaban en *La Cañadilla,* arrabal de la capital.

Dió la orden saliese la vanguardia y que el escuadrón de carabineros, que en toda la marcha había ocupado este puesto, debía marchar a retaguardia, en adelante, Esta orden del General que se dió al ejército no fué al fin cumplida porque los oficiales del escuadrón hicieron presente que el delito que habría cometido el jefe no debía refluir en perjuicio del cuerpo que siempre había marchado a vanguardia y en consecuencia se me ordenó volviese a ocupar mi puesto de vanguardia.

Salí con el Coronel Elorriaga, quien mandaba la vanguardia, en dirección a la Cordillera de los Andes por donde se retiraban los restos del ejército enemigo. Mi escuadrón, siempre el primero, después de habernos internado en los desfiladeros de los Andes, fué el primero que con sus carabinas rompió el fuego contra los enemigos que nos esperaban en una posición ventajosa. Elorriaga con la infantería tomó una posición por un flanco que dominaba la del enemigo, me ordenó que pasase el desfiladero en carga que verifiqué sufriendo todos los fuegos de su infantería hasta llegar a ellos y ponerlos en desordenada fuga, persiguiéndolos hasta los *Ojos de Agua,* al pie de la cumbre más elevada de los Andes y en donde la nieve no nos permitió proseguir. En esta persecución hice mucho número de prisioneros, efectos y municiones y fué la última con que quedó todo el Reino de Chile bajo la obediencia del Rey de España.

Terminada la campaña se me destinó con el escuadrón a quedar de Comandante Militar de los distritos de Aconcagua y Villanueva que están fronterizos a la Cordillera de los Andes, que divide a Chile de Buenos Aires.

Todo el resto del año de 1814 lo pasé en los puestos citados dedicado a la instrucción y organización de mi cuerpo, al que se le aumentó una compañía de lanceros y se dividió en dos escuadrones con las cuatro de que ya contaba. Como hasta entonces no se guiaba en aquel país por otra táctica que la antigua, que era tan inútil como es sabido, y no tenía yo conocimientos del arma ni motivos para saberlo porque desde que había empezado a servir mi ocupación no era otra que hacer la guerra sin descanso, tuvo la casualidad que llegase a mi poder la táctica que regía en la Península publicada por el General Freire y con ésta que hacía copiar a los oficiales y diarias academias y ejercicios, puse a los escuadrones después del manejo, ataque y defensa del sable y lanza, en un estado de instrucción como el mejor del arma y recibí el despacho de Coronel librado por el Virrey del Perú facultado por Su Majestad para conceder empleos, el cual fué concedido en premio de las acciones de Rancagua y los Andes.

Los años 15 y 16 con motivo de la paz que se disfrutaba en Chile se aumentó y organizó el ejército y habiendo sido relevado Osorio de la Capitanía General por el Mariscal de Campo Marcó del Pont, se puso más brillante aún y cuando parecía que no volvería a turbarse la tranquilidad del país empezaron a invadir el Reino partidas de Mendoza, tal fué una que pasó por las inmediaciones de Talca y paraje llamado *El Planchón* al mando de un facineroso llamado Cárdenas.

Yo fuí destinado, con mis escuadrones, a su persecución y la destruí completamente obligando a repasar los Andes a los que

pudieron salvarse. El insurgente San Martín, General del Ejército de Buenos Aires, estaba en la ciudad de Mendoza y amenazaba invadir a Chile con un ejército. El General Marcó dividió el nuestro en toda la extensión del país a guardar los diferentes pasos de la cordillera. Su Gobierno, por otra parte, era muy despótico, demasiado afeminado y de corto talento, así fué que sus providencias y el ningún conocimiento que tenía de la topografía del país, pues nunca salió de la capital, y no pensando más que en el lujo de sus carruajes y vestidos, confiaba los negocios a personas que le daban una mala dirección [33].

El General San Martín emprendió con su ejército el paso de la cordillera por *Los Patos* y *Ladera de las Vacas*, en el mes de enero de 1817, y hallándose diseminado el ejército llegué yo a Santiago con mis escuadrones de la persecución contra Cárdenas, cuando en el mismo día recibo la orden de marchar a la división que mandaba el Coronel de Ingenieros, Atero, en Aconcagua, compuesta de las compañías de preferencia de varios cuerpos. Mi fuerza de los dos escuadrones ascendía a 300 hombres. El armamento de carabinas y sables era pésimo; aquéllas con el mismo tiempo que las tenía el cuerpo y las continuas marchas, estaban sujetas a descomponerse muy fácilmente; las espadas habían sido construídas en Lima y Chile, las hojas se doblaban como arco y en tal estado se quedaban, de todo tenían, menos acero y temple. Pensaba yo remediar en la capital esta falta, bien solicitando otras espadas, y no haciéndolas, armar de lanza las otras tres compañías abandonando las carabinas o dejando unas pocas por escuadrón. Pero no pudo tener lugar, pues salí al trote por haber recibido la orden dicha.

En la Cuesta de Chacabuco encontré en retirada a la división de Atero, que sin haber visto al enemigo y con sólo noticias de proximidad abandonaba el mejor valle que tiene Chile, cual es el de Aconcagua. Yo me hallaba en la precisión de que los caballos de mi cuerpo comieran, porque traía 14 leguas de marcha, y como en la cuesta no hay pastos ni agua le dije que iba a descender como una legua y media al valle para este efecto.

El Coronel Atero se quedó en la cúspide de la Cuesta con su infantería y había dejado en la Villanueva dos piezas de montaña y porción de municiones y víveres por haberse retirado tan apresuradamente con sólo saber que los enemigos estaban próximos.

Puestos mis caballos en un maizal, quitadas bridas y las avanzadas correspondientes, logré el efecto de que se restableciesen y remití un piquete se aproximase a la población que habían dejado nuestras tropas horas antes, cuando recibo el parte de no existir en la villa ni habitantes ni tropas enemigas y sí los dos cañones, municiones y muchos víveres. Inmediatamente lo avisé al Coronel Atero y me puse en marcha para la Villanueva. Llegó Atero y le propuse que iría a hacer un reconocimiento sobre la Villa Vieja como a dos leguas de aquélla y, efectivamente, al pasar el vado del río ya me recibieron a tiros las avanzadas enemigas. Avisé a Atero que lo que había visto y que notaba que los habitantes todos por adición a los enemigos [34], o porque se lo habían mandado, ninguno se hallaba en sus casas ni se presentaba para adquirir noticias de la fuerza y situación del enemigo y que yo creía que debíamos pasar el río y hacer un reconocimiento, estando, como nos hallábamos, expeditos para retirarnos si convenía [35]. Accedió y llegó con la infantería a aquel punto al anochecer del mismo día y, ya de noche, pasamos el río entrando en la villa donde se cambiaron algunos tiros con las avanzadas enemigas, pero no encontramos ningún habitante, tal era la rebeldía de ellos que huían de las tropas españolas. Continuamos hasta el amanecer la marcha y ya encontramos un escuadrón enemigo que se puso en retirada desplegándose una guerrilla o tiradores. Siguiendo la marcha desplegué yo una compañía en la misma forma y las dos restantes en reserva pues la de lanceros la había dejado en la Villanue-

[33] Este juicio de Quintanilla sobre Marco del Pont tiene mucho valor, por cuanto confirma los emitidos por historiadores chilenos cuyas fuentes podrían ser tachadas de parcialidad.

[34] Esto da una idea del cambio producido en los sentimientos populares. La indiferencia anterior había sido reemplazada por una indudable adhesión a la causa de la emancipación, lo que constituía un factor de la mayor importancia para las acciones militares que habrían de producirse.

[35] De lo dicho y de lo que sigue se desprende que el que en realidad dirigió todos estos movimientos fué Quintanilla y no Atero, como cree Encina, y que ni uno ni otro pretendieron atacar a la división de Soler, como afirma dicho historiador, sino solamente realizar un reconocimiento a fondo.

va con el objeto de guardar aquel punto por si podrían venir los enemigos. Como el escuadrón ocupaba un frente doble que la compañía mía, estaba aquélla expuesta a ser envuelta por los flancos y aumenté con otra compañía en tiradores el frente, poniéndome yo a dirigir el ala y llevando inmediato la compañía de reserva. Mi objeto era descubrir su ejército o fuerza y no separaba la vista del frente que era llano y limpio a excepción de unos pequeños arbustos. A un flanco había una casita o rancho de paja que rebasaron los tiradores enemigos y cuando mi ala derecha iba a tocar en este rancho, sale de detrás de él un escuadrón enemigo que al principio creí ser una manada de yeguas, pues los jinetes venían echados sobre el estribo derecho y cubiertos con los caballos, tan bien como saben hacerlo los gauchos de Buenos Aires y levantándose cargaron a toda mi ala, poniéndonos en derrota y huída, de modo que con la ventaja de la sorpresa y sus buenos sables me acuchillaron una porción de soldados y mataron un oficial. Yo mismo me creí perdido, pues cuatro o cinco que venían en mi seguimiento y uno de ellos en caballo más corredor que el mío se puso a mi lado en la carrera, pero yo llevaba el mejor lado que era la izquierda. El que era un granadero me miraba, pero sea lo que vale la subordinación de un soldado, aún con los oficiales enemigos, no me ofendía y eso que los que venían detrás de los dos le decían, ¡mátalo!, ¡mátalo! Viendo yo que no se atrevía le tiro una estocada que él me quitó y entonces ya no guardó consideración, me descargó un sablazo que yo le paré, pero no tan bien que habiéndose corrido su sable sobre mi brazo me desarmó cayendo al suelo el mío. En este golpe él se quedó un poco atrás y yo echando mano a una pistola que monté y siempre en la carrera le apunté mirando hacia atrás. El temió y entonces yo conteniendo un poco el caballo le disparé, se me vino encima y cayó. Ya libre de éste no me dió cuidado de los otros porque sus caballos no corrían como el mío y los desafié con la otra pistola. Por fin llegamos en dispersión mezclados con los enemigos hasta cerca de una altura donde había hecho alto la infantería que también había corrido, así que nos vió correr, y aquí fué lo peor porque la infantería hacía fuego al montón, es decir, a unos y otros. Yo hice tocar llamada, se reunieron algunos soldados y en pelo, pues del sablazo también se me había caído el sombrero apuntado de hule, y sin sable, recargué y y perseguí bastante trecho a los enemigos hasta el punto donde estaban mi sombrero y sable que recogí nuevamente.

Quedé formado en el mismo punto y el enemigo a mi frente, cuando el Coronel Atero que, mientras esta refriega dijo que había estado observando con el anteojo la función, se presentó ordenando se retirase la infantería y que yo existiese allí hasta que aquélla estuviese distante. Así lo hice y me retiré por escalones al galope hasta llegar a las inmediaciones de la infantería porque los enemigos con dos escuadrones esperaban ocasión de echárseme encima al retirarme [36].

En la noche de este día pasamos la Cuesta de Chacabuco en retirada, pues el ejército enemigo trataba de pasar ésta o llegar a ella más pronto para impedirnos el paso.

Atero desde la acción anterior de *Las Coimas* se puso en marcha para Santiago, so pretexto de que siendo Jefe del Estado Mayor tenía que estar a la inmediación del General. El Coronel Marques [37] quedó mandando la división y llegamos a las casas de Chacabuco.

El ejército enemigo acampó de la otra parte de la Cuesta, es decir, había la Cuesta con una distancia de tres leguas de nosotros al enemigo.

En la noche llegó el Brigadier Maroto con los regimientos de Talavera, Chiloé y Valdivia y por su 2º el Coronel Elorriaga, de modo que contaba el ejército al mando de Maroto estos tres cuerpos, dos piezas de montaña, la infantería de la vanguardia que sería 6 compañías y únicamente mis dos escuadrones de caballería.

Mi antiguo amigo Elorriaga entabló conversación conmigo sobre la acción de la caballería del día anterior y sobre lo que en mi concepto debería hacerse. Yo le dije que estando como se había visto el ejército enemigo de la otra parte de la Cuesta, era muy natural que nos atacase al día siguiente y que sería un disparate esperarlo allí, cuya posición falsa por estar domi-

[36] Las versiones de Barros Arana y Encina de la acción de *Las Coimas* no difieren fundamentalmente de la de Quintanilla, salvo en la actuación que le cupo a Atero.

[37] Marqueli, según Barros Arana y Encina.

nada por la Cuesta a cuyo pie estábamos, que no teníamos más que dos escuadrones de caballería con mal armamento y los caballos estropeados y sólo dos piezas de artillería. Opinaba pues, que debíamos retirarnos al siguiente día siete leguas a retaguardia, a los altos de Colina, posición dominante y que dábamos tiempo a que se nos incorporasen cinco escuadrones que habrían llegado a Santiago, Húsares y Dragones, así como nuestro tren de artillería y más infantería.

Maroto oía esta conversación de una habitación inmediata y su orgullo y presunción no pudieron o le permitieron oírme, pues llamó un ayudante con aquella voz bronca que tenía y dijo pusiese *una Orden General de pena de la vida al que dijese que convenía retirarse.*

Yo que oí esto callé y no desplegué mis labios más hasta que al día siguiente dieron parte las avanzadas que el ejército enemigo venía subiendo la Cuesta en tres columnas. Entonces fuí a recibir órdenes de Maroto, quien me previno que fuese a galope con los escuadrones a tomar la altura antes que el enemigo y a Elorriaga también que fuese con el batallón de Valdivia.

Ibamos a subir a la cúspide de la Cuesta cuando se desprenden en retirada dos compañías de infantería y uno de mis escuadrones que la ocupaban y al mismo tiempo aparece coronada la altura con las columnas enemigas. Elorriaga con su batallón se retiró precipitadamente y yo tuve que cubrirlo por escalones con fuego hasta que bajamos y nos encontramos con las demás fuerzas en columna al pie de la Cuesta en una posición dominada por frente y flancos.

Elorriaga pasó por donde yo me hallaba a ocupar una altura de la izquierda y me dijo al pasar, *nos pierde Maroto, podría usted decirle que todavía podríamos retirarnos. Quien lo duda, los enemigos no pasarán de las casas, pues tres leguas de mal camino y en una hora no llegan aquí con su grueso, pero amigo, yo no quiero ser fusilado según la Orden General.*

Los enemigos fueron descendiendo y formando sus columnas y se les dejó sin incomodarlos más que con guerrillas hasta que las formaron. Entonces me dió la orden de cargar con mis escuadrones a un batallón que estaba en columna a mi frente y que tenía a sus flancos un escuadrón de caballería. Yo di las voces correspondientes y cuando íbamos en carga recibieron mis escuadrones una descarga que la 1ª compañía, al mando de su capitán, don Manuel Ibarra, quedó tendida, ya de soldados muertos o caballos heridos y el mismo capitán fué uno de ellos. La demás tropa no pasaba de allí y tuve que mandar media vuelta y a la posición. Volví a recibir orden de cargar, sucedió lo mismo y los enemigos, viendo bastante minorada mi caballería, pasaron a retaguardia de nuestro ejército por nuestros flancos, que aunque mi caballería salió a contener, no pudo. Nuestra infantería así que vió esto y que los batallones enemigos se venían encima a la bayoneta, se puso en desordenada fuga. Nuestro ejército ya no era sino un montón de hombres cercados por la caballería enemiga y con su infantería a la bayoneta llevándonos como carneros. Yo entonces traté de dirigir nuestra infantería a una altura que teníamos al lado del camino y que si la hubiese tomado se libraba de la caballería, pero no pude conseguirlo, toda la dispersión seguía el camino. Entonces, y viendo que todo era perdido, traté de salir de aquel cuadro de desolación y con el ayudante a favor de nuestros buenos caballos rompimos por entre la caballería enemiga que impedía la salida y junto a unos soldados que estaban entretenidos en dar de sablazos a un pobre fraile agustino, capellán de un regimiento de infantería de nuestro ejército.

Así continuamos hasta que alcanzamos a Maroto, que también huía, y como unos 60 hombres de caballería de mis escuadrones que fué lo único que se salvó de la Batalla de Chacabuco.

Pasamos los *Altos de Colina* y a poco trecho al Capitán General con los 7 escuadrones y cerca de 1.000 hombres de infantería y una batería de artillería que si hubiera estado en la acción, como debió ser, la victoria habría sido nuestra. Por fin se perdió la batalla y se perdió Chile, que se declaró independiente de la nación española tan luego como entró San Martín en Santiago que fué a los dos días [38].

[38] Barros Arana y Encina dicen de Maroto que era uno de los pocos jefes españoles competentes en aquel momento. En la relación de Quintanilla queda bastante mal parado por su indecisión y falta absoluta de criterio. Desde luego, es evidente que supo oportunamente que se encontraba ante el grueso del ejército patriota o en todo caso ante

Marcó y los restos del ejército pasaron a embarcarse a Valparaíso y yo con el Intendente y otros seguí la misma ruta, no sin peligros, y después de perder nuestros equipajes que no pudieron llegar a tiempo al embarque. Este fué lo más desordenado, porción de tropas quedó en las playas por estar llenos los buques de familias y particulares de Valparaíso. El Capitán General fué prisionero con el Coronel Berredo, Subinspector del ejército, y los buques a la vela arribaron al *Guasco,* donde después de hacer aguada, proseguimos al Callao de Lima, donde encontramos la orden de quedar en los castillos todos los jefes y oficiales, excepto yo, que el Virrey Pezuela previno se me dejase pasar a Lima.

Habiéndome presentado al Virrey me previno formase una relación de lo ocurrido en las dos acciones en que me había hallado y me recibió con la mayor afabilidad, manifestándome estaba enterado por su yerno, el Brigadier Osorio, de mis servicios así como de los últimamente hechos en las dos desgraciadas acciones.

Me propuso ir a Chiloé de Gobernador y Comandante General de la Provincia por haber pedido licencia el Gobernador propietario, Coronel don Ignacio Justis, ofreciéndome que me propondría a S. M. para la propiedad.

Acepté este destino y salí en la expedición que del Callao salió para el puerto de Talcahuano, compuesta de los soldados y oficiales que del ejército de Chile habían llegado después de la acción de Chacabuco. Yo debía desde Talcahuano seguir en uno de los buques a Chiloé y con este motivo sucedió en la navegación el incidente siguiente.

A los pocos días de navegación de la salida del Callao desarboló el bergantín en que yo iba embarcado y el cual llevaba 150 hombres y algunos oficiales de la expedición que se dirigían a Concepción de Chile. En otros buques iban los demás restos del ejército de Chile y todos bajo la escolta de la fragata de guerra *Veloz* que mandaba, como todo el convoy, don Simón Londoño, oficial de Marina, y como éste desarboló, retardaba la marcha del convoy, determinó pasase yo a bordo de la capitana y que siguiese el bergantín al destino con la poca vela que podía desplegar. A los pocos días de navegación me manifestó el Coronel, don Antonio Morgado, que sabiendo debía ir a desembarcar la tropa a Chiloé en caso que en Concepción no existiesen ya tropas por la causa del Rey, estaba determinado, contando por supuesto con la aquiescencia de los oficiales, que por ser chilenos los más, estaban convenidos en pasarse con la fuerza al enemigo antes que ir a Chiloé. Yo que no podía ni debía consentir una traición de esta naturaleza, traté de disuadirle de este pensamiento, pero no fué fácil conseguirlo.

Como la sublevación era condicional, me exigió el secreto en inteligencia de que no tendría efecto si Concepción estaba por las tropas del Rey.

Inmediatamente y con la mayor reserva puse en conocimiento del Comandante Londoño el proyecto de Morgado y le exigí guardando el secreto eternamente, que procediésemos de acuerdo en el modo de frustrar el proyecto de traición. Efectivamente, yo contaba con 40 ó 50 hombres de mis escuadrones que se hallaban en uno de los buques del convoy, además con los soldados chilotes y valdivianos que también iban en otros buques, pero en la fragata estaban los restos del *Regimiento de Talavera, Dragones de la Frontera* y otro de los cuerpos de Chile y como este buque era el armado en guerra, fácilmente sublevada la tropa sería fácil que, por bien o fuerza, obligase a los de los demás y para evitarlo se trató entrásemos de noche en puerto y que yo saltaría en tierra en la Isla Quiriquina, que está a la entrada del puerto, para saber por los pescadores quiénes mandaban, si los insurgentes o las tropas reales y con lo que resultase, si realmente estaba por el Gobierno español, no se haría novedad, pero de lo contrario, se haría un trasbordo de tropas repentino, trayendo a la fragata a las tropas que yo creía adictas, entreteniendo a los oficiales con de-

fuerzas superiores a las suyas y, a pesar de ello, resolvió presentarles batalla, escogiendo para ello un mal terreno. Es posible que sus escasas fuerzas no le permitían cubrir la cumbre de la cuesta sin correr el riesgo de ser rodeado, pero ante esta imposibilidad, debió retirarse a los *Altos de Colina,* donde se habría podido organizar una defensa con más posibilidades de éxito.

Es probable que Quintanilla, por haber tenido que actuar constantemente con su caballería durante la batalla, no haya tenido oportunidad de formarse una impresión de conjunto. Con esta salvedad, de su relato se desprende que las fuerzas de O'Higgins se bastaron por sí solas para obtener la victoria y que en ningún momento estuvieron en situación apurada, como se ha afirmado por algunos historiadores.

cirles que estaba por las armas españolas la provincia de Concepción, a cuyo efecto se habían mandado anclar y poner las lanchas de los buques al costado de ellos. Regresé con la feliz noticia que el Coronel Ordóñez, Gobernador de Concepción, se hallaba defendiendo aquel puerto con las tropas fieles al Rey que existían en la provincia cuando se perdió la Batalla de Chacabuco, con cuyo motivo no hubo novedad y Morgado conforme, reencargándome el secreto que le había ofrecido guardar, se conformó y al siguiente desembarcamos este refuerzo, que le vino bien a Ordóñez para defender el puerto de Talcahuano, donde se había atrincherado para resistir a los insurgentes, cuyas fuerzas se hallaban a dos leguas en la ciudad de Concepción.

Habiéndome presentado al Coronel Ordóñez y manifestándome que mi dirección era de Gobernador y Comandante General de Chiloé, se empeñó en que me debía quedar para organizar una partida en el País de Arauco, mediante los conocimientos que allí tenía por haber hecho la guerra por aquella parte, según tengo dicho en su lugar.

Yo le manifesté que los tiempos habían variado y que los habitantes y los indios de Arauco no se prestarían tan fácilmente ahora como lo hicieron cuando los mandaba porque no había un ejército y estaba la provincia por los disidentes. Se convenció, o no, y no me volvió a hablar más sobre el particular, pero si me manifestó que en la noche siguiente iba a salir para Concepción a atacar la fuerza enemiga que se hallaba en dicha ciudad. Yo le respondí que el proyecto si bien era hacedero y que conseguiría el objeto de hacerlos retirar, no hallaba se siguiese ninguna ventaja, supuesto que aún así tendría él que volverse a resguardar bajo sus trincheras porque no podrían conservar la ciudad sin más fuerza que la que tenía indispensable para guarnecer Talcahuano. Sin embargo, efectuó la salida y ataque a la fuerza enemiga que se hallaba en Concepción. Consistía ésta en un batallón y un escuadrón de caballería con algunas piezas de artillería, entre las cuales tenían uno o dos obuses. Yo salí en compañía del Coronel Comandante de la fuerza y después de dividir ésta en dos columnas, que se dirigió la una al mando del Coronel Morgado por el camino que va a la laguna de *Las Tres Pascualas* y la otra por el camino directo, con objeto de que el ataque fuese simultáneamente por dos puntos. Tomé alguna infantería y un cañón de montaña y me posesioné del cerro de *Chepe* para franquear el paso del *Malacón* a la infantería que lo efectuó con arma a discreción, sin embargo, del fuego de la infantería enemiga que estaba situada en una batería al frente, y a su flanco, el escuadrón de caballería enemigo. Nuestra infantería, compuesta del batallón de Concepción de 800 plazas, hizo un despliegue en batalla con fuego según iban pasando el *Malacón* y se desordenó avanzando sobre la batería. En el momento que la caballería notó que había perdido la formación se echó encima en carga y la acuchilló poniéndola en dispersión repasando el *Malacón*. Entonces descendí yo de la altura y pude contener la dispersión, pues noté que la caballería enemiga se replegaba para cargar a la división o partida de Morgado que fué también cargada y deshecha . En tal estado vuelve Ordóñez a pasar el *Malacón* con la infantería, pero sin formación y en barullo era conocido que debía ser puesto en derrota, como sucedió y en esto demostró el Coronel Ordóñez que si bien era un valiente hasta temerario, pues estaba al frente de nuestras tropas desordenadas en el combate, no cuidaba de formarlas y dirigirlas unidas como debía. Yo, previendo que la caballería habría de aprovechar la ocasión de cargarlas en la retirada desordenada las reuní y formé en batalla, lo que visto por el enemigo dió tiempo a la retirada que se efectuó en columna, no sin haber seguido la caballería enemiga por todo el litoral amagando cargas ya por retaguardia como por los flancos, pues que no teníamos caballería para contenerla. Por fin entramos nuestras tropas en Talcahuano con la pérdida de más de doscientos hombres y los enemigos se replegaron a Concepción.

Me embarqué, pues, en la fragata *Palafos*, que me condujo a Chiloé, a cuyas islas iba a encargarme del Gobierno y Comandancia General, siendo éste el último de los servicios que hice en el ejército real de Chile.

Chiloé

Luego que llegué a Chiloé me encargué del mando de aquella provincia, no sin haber tenido antes disputas acaloradas con el gobernador propietario de ella, Coronel

D. Ignacio Justis, el cual se hallaba arrepentido de haber solicitado del Virrey ser relevado bajo una licencia que había pedido. Mas, como no podía dejar de obedecer la orden de entregarme el mando, trató de comprometerme antes, a fin de promover una causa por la cual pudiera yo exaltarme, y dar motivo para formarme una causa y remitirme a Lima sin verificarlo. Yo, que conocí su intención, evité todo motivo de escándalo, manifestándole me contestase de oficio si obedecía a no al Virrey, entregando el Gobierno y con ella si era negativa volver a Lima. Viendo que no adelantaba en su proyecto con insultos y desafíos, me hizo la entrega dándome a reconocer. Entonces, y ya que tenía yo el mando, le acepté el desafío y le volví a la cara todos los insultos que me había prodigado. No aceptó, me pidió perdón y dió una satisfacción delante de las personas ante quienes fuí insultado y desafiado y concluyó con embarcarse en el mismo buque que yo había venido para Lima.

Yo me hice cargo del estado del país y de la fuerza que lo defendía. Aquél estaba sumamente pobre por la falta de gentes que en diferentes ocasiones habían sido remitidas al ejército de Chile y había una porción de viudas y huérfanos de los muchos que habían muerto en la guerra, que quedaban en Chile y servían en el Perú. La guarnición de los fuertes y puertos consistía en algunas compañías de milicias que se relevaban periódicamente y que nada podían servir para la defensa. El armamento poco y malísimo, fusiles viejos antiguos y su número no pasaba de doscientos. En fin, no se podía contar con elementos para resistir una pequeña fuerza si era atacado el puerto, no había ni un real en tesorería y sueldos de los que servían se pagaban en billetes o bonos que daban los ministros y que los soldados y oficiales con ellos, con la pérdida enorme, de por un duro, recibir en efectos uno o dos reales los tomaban los comerciantes, quienes cuando tenían una cantidad considerable sacaban un libramiento contra las cajas de Lima por cuenta del Situado, que éstas debían remitir anualmente de sesenta mil pesos a Chiloé y que dejaron de hacerlo por carencia de fondos desde algunos años antes. Felizmente no se pagaban en Lima estos libramientos porque, al haberlo hecho, se habrían hecho, cuatro usureros, poderosos.

Estaba construyendo Justis una goleta con el fin de fugarse si Chiloé fuese atacado. Yo luego me recibí del mando; la hice quemar protestando que moriría con ellos antes que abandonarlos. Este principio de mi gobierno mereció el aprecio que hicieron de mí los habitantes.

Mi primer objeto fué formar una fuerza fija y procedí a la organización de un batallón que reemplazase al que había quedado en Chile, y el Virrey me remitió un Comandante, don Saturnino García, y algunos oficiales, proponiendo yo otros de los más jóvenes del país que en calidad de tales habían hecho la guerra. También me remitió unos doscientos fusiles, no muy buenos, pero mejores que los que había en Chiloé. El batallón se formó y organizó con jóvenes sacados a la suerte de los cuerpos de milicias, así como una compañía de artillería.

De los primeros reclutas formé dos compañías que remití a Talcahuano para aumentar la fuerza que a las órdenes de Ordóñez defendía aquel punto.

Como no tenía recurso alguno, excepto los derechos de aduana que pagaban algunos buques extranjeros y las ventas de terrenos realengos, puse un método de entretener la guarnición con un duro al mes por plaza y reparto de víveres, patatas y algún trigo que se les repartía cuando venían a pagar el diezmo que lo hacían en víveres los que los rentaban. A los oficiales les señalé: seis duros a los subtenientes, ocho a los tenientes, diez a los capitanes y doce a los jefes incluso yo, pero no debíamos recibir víveres y quité el comercio de billetes que era escandaloso. Con el objeto de que concurriesen algunos buques extranjeros abrí el comercio, que hasta entonces estaba prohibido, fijando el derecho de un 30% a los efectos de entrada y esto lo pagaban en los efectos que internaban, porque no podían hacerlo a dinero por la absoluta carencia de él en el país y lo hacían a cambio de maderas que abundan mucho en él. Estos efectos se daba a la tropa y por este medio se lograba el que se hiciesen camisas.

Yo hacía que en último de cada mes me pasasen los ministros una relación de las cantidades que habían entrado, tanto en efectos como en dinero y víveres, en Tesorería. Esta relación o estado la hacía fijar en paraje público para que todo el mundo supiese lo que existía y con vista de los presupuestos se hacía la distribución con

igualdad a todas las clases que tenían derecho a sueldo, incluyendo a las viudas y retirados. Semejante proceder me acreditaba de pureza y justicia. Así continuaba, la fuerza recibía instrucción con ejercicios diarios y yo procuraba aumentar el armamento, tomando de los buques extranjeros cuantos fusiles tenían para su uso, pagándolos en lo que debían dar por derechos.

Como la principal defensa de Chiloé era formar una escuadrilla de lanchas cañoneras, conseguí que en cada partido de los seis en que se divide la provincia, dándoles el hierro, construyese cada uno una lancha cañonera y como hay en las islas muchos carpinteros de ribera, las hicieron y me las presentaron muy luego, procediendo yo a montar en ellas cañones sobre colisas.

En este estado seguía cuando fué tomada por los enemigos la plaza inmediata de Valdivia bajo el mando del nombrado inglés Lord Cochrane.

La Historia de la Revolución Hispanoamericana publicada por don Mariano Torrente, en 1830, tomo 3º, desde la página 537, que habla en adelante sobre la defensa de Chiloé y la escrita por el General Camba y otras varias, me dispensaban de escribir a mí para acreditar los hechos que las mismas publican, pero como hay algunos documentos en mi poder que atestiguan cuanto y aún más de lo que los autores hablan, los uniré a esta biografía en su lugar.

Habiendo de luchar, no obstante mi constancia, contra toda especie de obstáculos para conservar la provincia, pues carecía de todo recurso, y viendo que los oficiales que se hallaban en el ejército del Perú tenían ascensos porque se les presentaban en las batallas ocasiones de ganar premios y siendo mi posición una batalla continua contra la miseria que había en el país y carencia absoluta de numerarios, hube de pedir mi relevo para pasar al ejército, fundando mi pretensión, como suele hacerse, en falta de salud, y el Virrey Pezuela me contestó, en 3 de mayo de 1820, lo que consta en el original, letra A, en el cual, haciendo elogios de mí, lo atribuye a un decaimiento de ánimo que ciertamente existía en mí, porque temía lo que sucedió, de no verificarse la llegada de la expedición por la sublevación del ejército en la *Isla de León*.

Dije arriba que después de haber tomado los insurgentes del mando de Cochrane la Plaza de Valdivia, defendida por los restos del ejército real de Chile, que se habían retirado allí, y en los cuales estaban los *Peninsulares de Cantabria* y *Cazadores Dragones*, se dirigieron en dos buques a tomar el puerto de Chiloé, donde contaban con probabilidades de obtener victoria mediante a contar su guarnición de un batallón de chilotes que nunca habían oído silbar las balas por sus oídos. Así fué que habiendo desembarcado en *Guapilaqui*, entrada del puerto, se propusieron antes de dos horas ser dueños de él. Yo observaba sus movimientos, sólo serían 400 hombres al mando del inglés Miller.

En la duda de si el ataque se verificaría al castillo o batería de *Agui*, a la población de San Carlos, yo no podía fijarme en cuál debía poner la fuerza porque, siendo la mía de seiscientos hombres [39], lo más, si la dividía para asegurar ambos, quedaba expuestos a ser batido en detalle. En esta duda momentánea reforcé a *Agui* con dos compañías e hice o di la orden que se cerrase la gola de la batería, poniendo, prontamente, cuanto se pudiese para obstruirla, ya que ésta, como las demás de las grandes fortalezas de Valdivia carecían o tenían el defecto de no tener murallas en las golas, y sólo sí en los frentes al mar [40].

Con esta disposición y refuerzo aseguré, de un golpe de mano, a *Agui*. En efecto, se me pasa un soldado enemigo y sé, a no dudarlo, que el ataque era a *Agui*, con lo que me decido a embarcar toda la tropa para situar la emboscada fuera de la batería y tomar al enemigo por retaguardia en el momento del ataque.

Se estaba embarcando la tropa cuando *Agui* fué atacado por la gola ya obstruída y las dos compañías bastaron para poner a los enemigos en derrota y fuga, quedando varios muertos, *pasados* y como 40 a 50 fusiles que yo tanto apetecía, y perseguidos se embarcaron precipitadamente y replegaron al puerto de Valdivia.

Dado parte de este feliz suceso al Virrey Pezuela, me contestó el oficio que original se acompaña bajo la letra C, que elogia a

[39] 1.000, según Encina.

[40] Esta es una de las causas de la facilidad con que Cochrane se apoderó de los fuertes de Valdivia que, además, estaban servidos por artilleros, incapaces, por lo tanto, de enfrentarse a fuerzas de infantería en campo prácticamente abierto por no estar las golas amuralladas.

la guarnición de Chiloé, como a mí, su Gobernador General.

Continuaba yo en Chiloé, si bien satisfecho de la victoria conseguida, con el pesar de haberse perdido Valdivia y retirarse su Gobernador Montoya con las fuerzas sobre Chiloé y a fin de evitar que los enemigos se estableciesen en Osorno, limítrofe a la provincia de mi mando, pasé a Carelmapu el siguiente día a obligar a los jefes a que volviesen a Valdivia para recuperar la plaza que había sido abandonada sin una resistencia debida y *poniéndoles por ejemplo lo que habían hecho los chilotes bisoños en la defensa de su país.*

Efectivamente, regresaron estas tropas y puestas en marcha no obstante de haberse insubordinado antes, deponiendo al Comandante Santalla [41] y nombrando al Comandante Bobadilla, se encontraron con los enemigos en *El Toro,* antes de llegar a Osorno, y aunque en el principio obtuvieron alguna ventaja los peninsulares, después fueron completamente derrotados por las mismas fuerzas insurgentes que habían atacado a Chiloé al mando ya del francés Beauchef, pues Miller había quedado herido de la que recibió en Chiloé.

Los restos de todo el ejército real de Chiloé, con esta derrota reducidos a menos de cien hombres, con muchos jefes y oficiales, se vinieron a Chiloé y yo los remití a Lima, a disposición del Virrey, excepto los correspondientes al arma de caballería y al jefe y oficiales de dicha arma, con los cuales formé un escuadrón que situé en Carelmapu.

Empezaron los enemigos a destinar buques de guerra, a bloquear Chiloé, amagando continuos desembarcos y teniéndome siempre alarmado hasta que se me presentó una ocasión de alarmarlos a ellos [42].

En el año de 1823 se presentó en el puerto una goleta o bergantín goleta que había salido de Guayaquil destinada por su dueño a la California. Se llamaba *Las dos hermanas.* Traía a su bordo unos 25 mil pesos en efectos. Su dueño, aunque vizcaíno era muy insurgente y Capitán de Puerto de Guayaquil. El Contramaestre genovés, don Mateo Magneri [43], que había servido en el ejército real a las órdenes de Benavides y sido prisionero en la clase ya de Capitán de Caballería, se fugó de Valparaíso y fué a Guayaquil a ejercer el oficio de marinero, cuyo ejercicio había tenido siempre, y como fuera aventajado en él, le nombró el dueño de la goleta Contramaestre de ella.

Luego que salió la goleta de Guayaquil se sublevó el citado Contramaestre con la tripulación y se vino a Chiloé; declarándola yo buena presa, hice se dividiese el cargamento, mitad para los sublevados apresadores, y la otra mitad para el real erario. El buque era nuevo y de un andar sobresaliente, por lo cual determiné destinarlo al corso.

Yo pude ser rico y dudo que haya quien obrase con tanto desinterés en una ocasión como la que se me presentaba sin más responsabilidad que cumplir con la ley, pues, como me propuso un comerciante honrado y amigo, se me presentaba la ocasión más oportuna y consistía en que yo mandase a poner en venta el buque, que él se quedaría con él como mejor postor, que verificado me pediría artillería, armas y municiones, así como una patente provisional de corso, cosas que yo no debería negarle, satisfaciendo su importe a la hacienda y que en recompensa me interesaría en la mitad de lo que correspondiese a él como armador.

Esta proposición tan arreglada a ley que nadie podía tachar de ilegal ni nadie saber que me interesaba en las presas, fué desechada por mí en términos decisivos, contestándole a don Dionisio Montaneda (así se llamaba el comerciante), *yo no he venido aquí a hacer caudal, sólo tengo dos camisas y mi equipaje tan pobre como el del soldado más infeliz. Mi objeto es proporcionar recursos para mantener las tropas que defienden la provincia y el buque lo voy a armar en guerra por cuenta del Estado y sus presas serán divididas lo que produzcan entre los apresadores y el real erario.* El comerciante me contestó: *Será usted siempre pobre.* En lo cual no se ha equivocado, pues habiéndoseme presentado esta ocasión de ser rico y otras no las he

[41] Según Encina, el Comandante Santalla se comportó cobardemente en la defensa de Valdivia. Esta debió ser la razón de su impopularidad entre la tropa. Encina cree que Santalla fué depuesto por Quintanilla, ignorando la insubordinación que éste refiere.

[42] Los historiadores chilenos no mencionan este asedio.

[43] Mateo Reineri lo llama Encina. Había sido hecho prisionero guiando la chalupa en que Benavides huía al Perú.

aceptado por una delicadeza y deseos de propender siempre al bien de la causa que defendía.

Procedí, pues, a armar la goleta que por su buena construcción, porte y ser nueva, así como su sobresaliente andar, ofrecía para el corso las ventajas que se podían desear. La puse en proa dos cañones de a 8 largos sobre correderas y en popa y costados 6 cortos. La hice tripular con la correspondiente dotación de marineros y un oficial con 16 soldados; le di el mando al mismo Magneri; le puse por nombre el *General Quintanilla,* la proveí de víveres y municiones y con las instrucciones que acompaño en copia salió a hacer el corso, siendo éste tan ventajoso que al poco tiempo hizo varias presas, que remitió a Chiloé, e importaron para el erario la cantidad de 296.057 pesos 7 reales que aunque en efectos sirvieron para suministrar todo el tiempo que duró la dominación española en la provincia dándolos a las tropas tanto veteranas como de milicia en servicio, parte de los sueldos que iban devengando, con lo cual se vistieron así los soldados y oficiales como sus familias y generalmente todos los habitantes de la provincia a quienes se les vendían en cambio de víveres para la tropa.

Se me presentó en el puerto un bergantín inglés con 12 cañones, llamado *Lapuy,* y le habilité de bandera y patente para hacer el corso. Se le puso por nombre *General Valdés,* nombre cuyo jefe era de nuestro ejército en el Perú, el cual salió y apresó en la costa del Perú una fragata enemiga, *La Mackenna,* con trescientos hombres de tropa y la plana mayor del ejército insurgente de Santa Cruz derrotado en Moquegua por el nuestro. La fragata con los 300 llegó a Chiloé, el bergantín con los jefes prisioneros naufragó bajo un temporal a la altura de Chiloé, sin salvarse ninguno [44].

Por economizar gastos interné los prisioneros en lo interior y éstos, que tomaron relaciones con los habitantes, imbuyéndoles sus ideas de libertad e independencia, hicieron mucho mal en la opinión y espíritu público.

Luego que lo percibí los reconcentré en una pequeña isla y hube de suministrarles para que comiesen, mas como llegó a noticia de los buques enemigos que bloqueaban el puerto, entró en el archipiélago una fragata de guerra para libertarlos, pero no lo consiguió, porque los hice embarcar apresuradamente pasándolos a la Isla Grande. Como estos prisioneros eran una carga exploré su voluntad y *tomaron partido* algunos y a los demás les di pasaporte para irse a Valdivia a incorporarse a los chilenos.

Ni omitía además de mi primera atención de remitir auxilios a nuestras tropas fuera de la provincia. Remití al Virrey del Perú el escuadrón de caballería que había formado de los restos del Ejército de Chile, a cuyo efecto compró la hacienda un bergantín, el *Chilote,* que lo transportó a los puertos del Perú y para que fuese armado le armé en guerra con un cañón largo de 24, giratorio, y llegó felizmente.

Del mismo modo, por otro bergantín remití al comandante de las fuerzas que habían quedado defendiendo la frontera de Chile en Arauco, Coronel Benavides, oficiales, entre ellos a los hoy generales Senosiaín e Ibarra, que entonces eran subalternos, y cañones de que carecía, así como municiones y cuanto yo tenía como poder dar para mantener la guerra por aquella parte.

Los enemigos, ayudados por extranjeros desnaturalizados que estaban entre ellos, no podían ver con indiferencia que Chiloé los hostilizase del modo que dejo dicho, interrumpiendo su comercio y causando a éste pérdidas considerables, y se propusieron acabar con la dominación española que existía en aquel rincón del continente. Al efecto, remitieron contra Chiloé un ejército de 3.000 hombres [45], con todos sus buques de guerra y mandado por el Director de la República, don Ramón Freire. Esta escuadra se presentó a la boca del puerto y se dirigió a Chacao, donde hizo su desembarco y tomó los pequeños fuertes de aquel punto, pero no el bergantín *Chilote,* que, de regreso de su expedición, se hallaba fondeado en él y que al ver los buques enemigos se puso a la vela y fué abandonado por un Patrón a cuyo cargo estaba, el cual, dejando en un barril de pólvora una mecha encendida, voló ca-

[44] Según Encina, el "General Valdés" había sido armado por un comerciante arequipeño, don Luciano Murrieta. Posiblemente el barco fué presentado a Quintanilla por orden de dicho comerciante.

[45] 2.149 hombres, según Encina.

si al tiempo que llegaban las chalupas enemigas a abordarlo.

Freire, con objeto de sitiarme en el San Carlos, donde no tenía yo más que el batallón veterano y artilleros con el vecindario armado, dirigió dos batallones en dos fragatas al interior del archipiélago para que desembarcando en *Dalcahue* (como lo verificaron) se interpusiesen en el camino único que desde lo interior de la provincia va al puerto de San Carlos. Yo, que luego que lo vi en *Chacao* presumí cuál era su intención, hice situar 300 milicianos con un cañón de montaña en una emboscada y remití las dos compañías de granaderos y cazadores a apoyar a los milicianos. Esta fuerza, bien situada en la laguna de *Mecopulli,* rompió el fuego sobre el batallón que venía a la cabeza, de modo que la banda de tambores y la 1ª compañía casi toda quedó muerta en el estado de formación y continuándose el fuego por ambas partes, sin avanzar los enemigos ni los nuestros, ambos se retiraron a un mismo tiempo quedando el campo para los heridos de una y otra parte.

Yo, que había salido de San Carlos, anduve el camino en posta encontrando parte de las tropas en retirada y las milicias dispersas se habían ido a sus pueblos. Mi situación era crítica; yo creía que los enemigos se habían interpuesto ya y que estaba sitiado e incomunicado con lo interior de la provincia. Necesitaba abrirme paso a toda costa o perecer. Proclamé a la tropa; la hice ver que con la retirada a *San Carlos* éramos perdidos y los entusiasmé volviendo resueltos a abrirse paso, pero no fué necesario porque los enemigos aterrados igualmente se habían retirado a sus buques y sin más que recoger los muchos heridos, pasé a situarme en *Patemun,* donde volví a reunir las milicias dispersas y aproximándome a *Dalcahue,* punto donde estaban los buques, desistieron éstos de nuevo desembarco retirándose a *Chacao,* y habiéndolo yo notado corrí presuroso al puerto de *San Carlos* con las compañías veteranas para defender aquel punto si era atacado.

El ejército enemigo, viendo mi actitud, no se determinó a nueva batalla y reembarcando sus tropas se hizo a la vela para los puertos de Chile, y su caballería por el continente sobre Valdivia.

Con alguna fuerza pasé al continente de *Carelmapu* para pisar retirada a la fuerza enemiga que había pasado ya el Maullín, la alcancé y perseguí, volviendo en seguida a *Carelmapu,* por cuyo canal acababa de pasar el bergantín de guerra *Galvarino,* de 14 cañones, que creyendo aún en *Chacao,* a su escuadra y ejército, venía a reunirse con ellas, y lo hice atacar con tres lanchas cañoneras que tenía allí, obligándole a internarse en el archipiélago.

La victoria conseguida sobre el ejército enemigo entusiasmó a las tropas y habitantes de la provincia y yo, por las disposiciones y actividad, merecí el más alto aprecio del país, así como del Virrey del Perú, como consta de las dos comunicaciones originales que se acompañan bajo la letra E.

Ya quedábamos libres en volver a ser atacados. Los enemigos perdieron además la corbeta de guerra, de 18 cañones, la *Voltaire,* que encalló en los bajos de *Carelmapu,* al intentar un desembarco en aquel punto[46].

A los pocos días de estos sucesos y estando aún el bergantín enemigo *Galvarino* en una de las islas del Archipiélago, entraron al puerto de *San Carlos* nuestro navío *Asia,* de 75 cañones y el bergantín *Aquiles,* de 22, procedentes de Cádiz y a disposición del Virrey.

Yo les di puntual noticia a los comandantes Gurruceta y Pavía de la fuerza de los buques enemigos, su estado y que debían haberse dirigido a Talcahuano, donde podrían ser tomados por el navío y bergantín y al efecto les propuse que, embarcándome yo con 300 chilotes en el bergantín *Guadalupe* que tenía yo allí, presa de la goleta *Quintanilla,* haría de noche un desembarco en *San Vicente* o *Tumbes,* de cuyo país era muy práctico, y sorprendería las baterías del puerto, inter nuestros buques se apoderaban de los de los enemigos y que después pasaríamos a Valparaíso y demás puertos hasta el Perú, sin dejar a los enemigos de Chile y Lima ni una canoa. Yo me ofrecí a esta expedición por dos cosas; la primera, porque veía fácil su ejecución, y la segunda, por salir de Chiloé al ejército del Perú, donde se hacía carrera, y los ascensos eran más frecuentes por proporcionarse ocasión de batallas que son las que convienen a los militares para ascender. No admitieron nuestros marinos mi

[46] Encina dice que la corbeta *Voltaire* se estrelló amagada por el "General Quintanilla". Es curioso que Quintanilla no señale la presencia de este barco.

proposición, porque traían orden del Gobierno para permanecer anclados en Chiloé hasta que, dando aviso al Virrey del Perú de su llegada, recibiesen orden de aquella autoridad. Les propuse diese a la vela el bergantín *Aquiles* a apresar al *Galvarino* que estaba en una isla del archipiélago, y se negaron diciendo lo mismo que a mi primera invitación. En este estado me pidió Gurruceta pusiese a sus órdenes mis 6 lanchas cañoneras y el bergantín presa *Guadalupe*. Lo efectué y las lanchas las destinó a hacer agua y lastre para el navío y bergantín, así como para levantar anclas y cuantos servicios les ocurrían, destrozándolas en términos que cuando salieron del puerto los buques estaban aquéllas inservibles. El bergantín lo envió a las costas del Perú con el aviso de su llegada al Virrey y no he vuelto a saber de él, que regularmente lo venderían.

En este tiempo supe que la goleta de guerra *General Quintanilla* había sido presa por la fragata de guerra francesa *Diligente,* no obstante estar en paz nuestra nación con la francesa y manifesté a Gurruceta cumplía al honor de nuestro pabellón la reclamase. Tampoco lo hizo.

Como el navío y el *Aquiles* tenían víveres para cuatro meses, les manifesté que podrían economizarlos por no ser fácil proveerse de ellos en . . . [47].

Esto sí que lo aceptó y en consecuencia como tenía el erario efectos por valor considerable, mandé se comprasen vacas, patatas y jamones y se le suministraron a los buques durante los 6 meses de estada en Chiloé, importantes de 18 mil pesos según la cuenta que aquellos ministros me pasaron y yo remití al Gobierno.

Por el navío *Asia* recibí la Real Orden que acompaño por la cual S. M. me asciende a Brigadier y remitió el diploma de Comendador de Isabel la Católica, manifestándome ser de su real agrado mis servicios. Ya antes de recibir esta Real Orden, el Virrey me había remitido el despacho o título de otro empleo, en premio de mis servicios, de manera que era brigadier dos veces, pues que S. M. aún no había recibido propuesta por el Virrey de haberme concedido este ascenso en virtud de facultades que tenía para hacer hasta Tenientes Generales.

Yo continuaba siempre atendiendo a mejorar política y militarmente la provincia, cuando de improviso recibí la noticia de la pérdida de la batalla de Ayacucho y por consiguiente de todo el Perú. Esta fatal noticia me fué comunicada por el Comandante del *Asia,* por la balandra *Real Felipe* y la fragata *Trinidad,* que arribaron a San Carlos y se difundió inmediatamente por la población, pues no cuidaron los capitanes y varios oficiales de reservarla hasta que yo viese modo de hacerla saber de modo que no afectase, como sucedió, a la tropa.

Inmediatamente reuní a la oficialidad y jefes haciéndoles entender que convenía a nuestro honor el comportarnos tan firmes y fieles como hasta entonces y que podríamos recibir auxilios de nuestro Superior Gobierno tan luego como llegase a su noticia nuestra constancia. Mandé dar media paga a toda la guarnición para que desechasen ideas tristes y efectivamente todos me protestaron constancia y fidelidad.

Al día siguiente recibieron la media paga y un capitán del batallón veterano, don Fermín Pérez, pasó a mi casa a hacerme las mayores protestas de fidelidad y constancia y manifestarme que tenía pensado en la misma tarde, con los oficiales, tener una merienda en el campo a escote entre todos. Yo no sospeché fuese con fin siniestro esta reunión, ni su jefe don Saturnino García sabedor también de esta merienda.

Serían las nueve de la noche que hallándome de visita en casa de una tía de mi esposa me dijo ésta, conviene que nos vayamos a casa. En la calle me contó que su tía le había dicho que la merienda era con objeto de una revolución y que estaban todos los oficiales acordes en hacerla. Llamé al jefe del batallón, García, y le dije que sabía aquella noticia. Este me afirmó que era falsa y que tenía plena confianza en su batallón.

Me puse a cenar y estando concluyendo oigo fuertes golpes a la puerta, corro a ver qué era y noto como 100 soldados formados, caladas las bayonetas. Abro la puerta y como estaban en columna y oyese la voz de muera, al mismo tiempo que un rastrillazo de una pistola al costado, y que no salió el tiro, cojo dos de las bayonetas y me meto en medio de la tropa, la cual se arremolinó y grité: *¡soldados, qué queréis; nadie me toque!* Entonces se presentó un oficial que me intimó la orden de preso.

[47] En blanco, en el original.

Le contesté que lo estaba, pedíme sacasen el sombrero y bastón, pues estaba de uniforme y me dejé conducir entre filas a la guardia de prevención del cuartel del batallón a cuyo punto fueron llegando varios oficiales y jefes presos, como el de artillería, el Capitán de Puerto y otros, particularmente los españoles hasta el número de ocho, pues el jefe del batallón que vivía inmediato al cuartel, así que oyó el ruido y vivas y mueras dentro de él, se escapó.

En este estado se me presentó el judas, que así lo llamo, Capitán Pérez, diciéndome que habían dado este paso porque estando toda la América independiente con la pérdida del Perú, ellos (los oficiales del país) no pensaban venir a España y necesitaban hacer un servicio cual lo habían hecho para ser recibidos en el ejército independiente de Chile, a cuya República iban a unir las islas de Chiloé, y que nosotros los españoles estábamos en el caso distinto, porque teníamos a donde volver. En este estado no me era dado reprenderle su acción y él me ofreció, como sucesor que era mío, tenerme la mayor consideración. Así estábamos cuando viniendo de fuera de consultar, sin duda, con algunos consejeros y que eran el Comandante Ballesteros, español, y el Comandante 2º Hurtado, entró Pérez pidiendo ocho barras de grillos al Sargento Mayor de Plaza que estaba unido a los revolucionarios. El mayor, que no sabía dónde estaban los grillos, tuvo la desfachatez de preguntármelo a mí, que bien lo sabía. Yo, lleno de ira y viendo que siendo los presos ocho conmigo, era consiguiente que se trataba también de ponérmelos, así que le dije al mayor que era un bruto pícaro, que cómo se persuadía que yo le había de decir dónde estaban los grillos para ponermelos. Por fin el jefe de la revolución mandó que para antes de amanecer estuviesen hechos los grillos y se salió del local. Regresó y (serían las dos de la mañana) mandó que saliesen los presos. Obedientes salimos del cuartel y se nos colocó entre filas de soldados y en esta situación marchábamos creyendo que nos iban a fusilar, no quedándome más arbitrio que llamar a los soldados para hacerles ver la iniquidad que se iba a cometer con quien los había tratado como a hijos, pero antes de ponerme a esta alocución me acerqué al oficial y le dije que a dónde nos conducía. Me contestó que a bordo de la balandra *Real Felipe;* le repetí que me dijera la verdad y me contestó que así era. Ya más tranquilos llegamos a la balandra y nos metieron en la pequeña cámara, quedando sobre cubierta el oficial con la escolta de 25 soldados, cuando repentinamente viene la tropa a la escotilla con los fusiles, gritando, matarlos, matarlos. Varios de los presos se echaron a llorar. Yo grité: *soldados, si queréis matarnos o tenéis orden para ello, sacadnos a cubierta y no lo hagáis aquí como a cochinos.* El oficial se presentó y le repetí lo mismo, me contestó que aquello lo causaba que los soldados habían encontrado un barril de aguardiente y se habían embriagado. Los hizo retirar y amaneció.

Ya de día le dije al oficial me permitiese salir sobre cubierta y paseándome con él me contó cómo se había efectuado la revolución y fué del modo siguiente:

El Capitán Pérez en casa del Habilitado, con su cuñado el Capitán Velázquez, eran los principales conspiradores y acordaron al tiempo que concurrían los oficiales descontarles medio duro para una merienda en el campo y punto señalado en la tarde del mismo día. Tuvieron cuidado de no contar con 4 oficiales españoles que tenía el batallón.

Concurrieron y reunidos descubrieron las cestas que nada contenían y sacando Pérez, Velázquez y el Habilitado Alvarado cada uno un par de pistolas, intimaron a los oficiales convidados que nadie se separase y leyó Pérez una promoción es el batallón. El se nombraba Gobernador, su cuñado Coronel y así, sucesivamente, ascendían todos en las vacántes de dos capitanes españoles. Hasta Sargentos eran promovidos a oficiales y cabos a Sargentos.

Verificado esto, y firmado, se vinieron al pueblo y se metieron en casa del Habilitado desde donde y como a las diez de la noche se fueron al cuartel, cerraron las puertas llevándose una botija de aguardiente y dos cajones pequeños llenos de tierra que fueron puestos en el patio, hicieron salir a formar las compañías diciéndoles que yo y los españoles nos estábamos embarcando en la playa, tal y nos llevábamos el dinero de sus alcances. La tropa que oyó lo que decían sus oficiales gritó que muera el Gobernador y demás. Convenidos, el cabeza Pérez distribuyó la tropa mandando como en parada, dos compañías al cuartel de artillería, otras dos al escuadrón de caballería, una a mí y las demás

tropas a los demás que debían ser presos, dando la voz de marcha a sus respectivos destinos.

Todos cumplieron sus comisiones y quedó concluída la revolución.

Yo hice observar al oficial que si bien el plan fué bien ejecutado les quedaba mucho que hacer, pues estaba seguro que la tropa debía exigir los alcances que le hicieron creer nos llevábamos y que estaba bien seguro que no encontraban ni cien duros entre todos los presos y por mi parte ni un cuarto, porque por tal que alcanzase el dinero para pagar la media que se había dado a todos yo no la había recibido, que la tropa haría abrir los dos cajones y que en fin serían víctimas los que la habían engañado.

El oficial se penetró de esta verdad, fué a tierra relevado, contó a los revolucionarios mi opinión y conocieron la situación crítica en que se hallaban. A las pocas horas ya los soldados reclamaban sus alcances, y como no pudieron dárselos, conocieron aquellos el engaño y se volvieron contra ellos reclamando mi libertad.

El oficial que nos guardaba tenía la orden de echar a pique la balandra trasladándose con la tropa a dos lanchas cañoneras que estaban fondeadas al costado, las que debían ejecutarlo a cañonazos. Yo conociendo por ver las carreras de la tropa en tierra que los momentos eran críticos y que el oficial se disponía a efectuar tan infame orden, hablé a los soldados diciéndoles que ya veían que sus compañeros en tierra habían conocido el engaño con que los habían seducido y si me reconocían por su Gobernador. Contestaron que sí e inmediatamente puse preso al oficial, y dueño del buque intimé a las cañoneras y al Comandante del Castillo de *Agui* me reconociesen y obedeciesen. Así sucedió y dirigiéndome a tierra fuí recibido en triunfo por la tropa, conducido a mi casa.

Como los oficiales del país estaban emparentados con muchos de los soldados y principales del vecindario tuve que no proceder al castigo que merecían, les indulté, a nombre del Soberano, de la pérdida de la vida y deshonrándolos, los eché fuera del país en un buque extranjero que iba a las costas del Perú.

Ya Chiloé, por la pérdida del Perú y toda la América, quedaba en situación muy precaria para defenderla de otra invasión del ejército de Chile. No obstante, yo redoblé mis esfuerzos. Remití la balandra *Real Felipe* a ponerme en comunicación con el General Olañeta, que debía existir en el Alto Perú, y con el General Rodil, en el Callao. La balandra no pudo entregar mi correspondencia porque el primero no existía y el segundo estaba bloqueado, y cayó presa por buques del Perú.

Remití un oficial comisionado a Río de Janeiro con correspondencia al Cónsul [48] y

[48] La carta de Quintanilla al Cónsul es la siguiente:

"He aprovechado esta ocasión que se presenta de salir la goleta *Grecian* con destino a ese puerto para remitir al Capitán comisionado D. Juan Francisco Adriasola con instrucciones y al objeto que voy a expresar a VS.

El día 5 del presente recibí la desagradable noticia de haber sido derrotado el ejército del señor Virrey La Serna en el Alto Perú y que dicho señor con otros generales, jefes y oficiales y la escuadra que había en este mar se han marchado para la Península. Que la Plaza del Callao debía de ser entregada a los independientes, según capitulación que se hizo entre los generales Canterac y Sucre y que sólo queda en el Perú el ejército, a cargo del General Olañeta.

Como estas noticias hubiesen infundido un desaliento considerable, y por otra parte, en los pocos adictos a la causa de la independencia, un deseo de llenar su codicia por medio de una revolución, tuvieron la audacia, dos capitanes y algunos subalternos, de amotinar las tropas contra mí, los jefes y otros oficiales, so pretexto de que tratábamos de fugarnos. Lo consiguieron y el día 7, a las once de la noche fuí sorprendido por los soldados armados y conducido al Cuartel en calidad de preso, cuya igual suerte sufrieron otros jefes y personas distinguidas, pasándome después a bordo de un buque para ser remitido a Chile en calidad de prisionero. Pero como las tropas y sano pueblo conociesen la impostura, me aclamaron y a los dos días de prisión fuí restituído a la libertad y al ejercicio de mi empleo.

En situación tan crítica de aislamiento y sin recursos, ni contar con un apoyo o fuerza en esta América que pueda librarnos de otra revolución, cuyos resultados pongan en riesgo nuestra existencia y la tranquilidad general de estos fieles habitantes, y para proceder si alguna expedición enemiga de Chile o el Perú invade esta provincia, se ha acordado en junta de guerra la remisión del oficial antedicho a esa capital para que VS. nos ponga al corriente de lo que ha hecho o se dice piensa hacer el Rey sobre estas Américas. Si las Potencias aliadas han tomado alguna parte activa en su pacificación y cuanto contribuya para arreglar mis operaciones sucesivas, en inteligencia de que la contestación de VS. me decida al partido que convenga tomar, ya sea el de sostener este territorio por el Rey, si hay una seguridad de que se toman providencias para la pacificación de esta América, o el de que con una capitulación la más honrosa se eviten los males que son consecuentes a una nueva revolución o defensa inútil.

Espero que VS. proporcionará al oficial comisionado todos los auxilios que sean necesarios a

pliegos para nuestro Gobierno, dando cuenta del estado y situación en que me hallaba y ofreciendo defender aquel territorio hasta el último extremo. Al Cónsul le pedía armamento y le suplicaba me dijese si podríamos contar con auxilio de España.

El oficial regresó sin auxilio ni esperanzas de que viniese algo de España. La situación era cada vez más crítica. El Director de Chile me remitía parlamentarios con proposiciones para que pusiera a su orden la provincia, ofreciéndome, unas veces, cincuenta mil pesos; otras, nombrarme General de la República y una hacienda de mi propiedad, con tal que le facilitase el dominio del país, con sólo remitir una corta fuerza a que podía rendirlo.

Yo le contestaba con indignación y energía. Por último aprontó toda su escuadra y ejército de 3 a 4 mil hombres[49] y se presentó con él a la boca del puerto, desembarcando su ejército en *Guapilaqui*. Yo tenía toda la fuerza que tenía fusiles, hasta donde alcanzaban éstos, compuesta del batallón veterano, de la compañía de artillería con 4 piezas de montaña y 400 hombres de milicias de las compañías de granaderos con una compañía de lanceros, también de milicias. Esta fuerza, las baterías del puerto y 6 cañones constituían la defensa.

Desde *Guapilaqui* emprendió el enemigo la marcha a tomar la pequeña batería que dominaba el fondeadero, lo cual consiguió sin oposición y por sorpresa. Al día siguiente a favor de un viento norte y marea se puso su escuadra a la vela forzando el paso bajo fuego de 20 piezas que se lo hacían a distancia de tiro de fusil, así como las cañoneras, bajo los fuegos del castillo; pero nada los detuvo y con pocas averías llegaron y fondearon.

Las lanchas pasaron a situarse a la playa de la población de San Carlos, perseguidas por todos los botes y lanchas de su escuadra. Yo, con todo mi ejército, tomé posición en las inmediaciones de la batería de *Poquillahui*, a cuyo frente tenía la escuadra enemiga, que trasladó con sus botes el ejército a la parte donde me había situado con el mío, apoyado la izquierda en un monte impenetrable, la derecha en la batería y el frente estaba cubierto por una altura de difícil acceso y, donde lo era, se obstruyó. La playa la defendían dos cañoneras con trecientos hombres, de modo que la ventaja de mi posición me aseguraba el buen éxito.

En la noche los enemigos sorprendieron y se llevaron dos lanchas, para lo cual des-

su pronto regreso, bien en el mismo buque o en otro que con este objeto sea remitido y que, al mismo tiempo, le franquee los conocimientos necesarios a dicho oficial para afianzar el buen resultado en su comisión.

Dios guarde a VS. muchos años. A de Quintanilla. S. Carlos de Chiloé — 18 de febrero de 1825. Al Cónsul Español en el Río de Janeiro.

Encina dice que la carta transcrita fué dirigida al Cónsul inglés señor Nugent. De la carta que transcribo a continuación, se desprende que en realidad el Cónsul era el señor José Delavat y Rincon (los apellidos resultan casi ilegibles en el documento que tengo a la vista, por lo que no me es posible asegurar la fidelidad de la transcripción).

En mi poder el oficio de VS., de 21 de junio pasado, contestación del que le escribí a VS. con fecha 18 de febrero con el Capitán don Juan Francisco Adriazóla.

Las noticias que VS. se sirve comunicarme y las que el referido Adriazóla, en la carta que de él me incluye son bastante satisfactorias y prometen las mejores esperanzas. Como espero al Comisionado Adriazola de un día a otro, según su carta, no le escribo en esta ocasión.

Sigue esta provincia y las fortalezas del Callao por la causa del Rey N. S. No hay otros puntos por S. M. en esta América a excepción de estos dos.

Doy a VS. muy repetidas gracias por sus ofrecimientos, caso de que tenga que trasladarme a Europa. Puede ser que las circunstancias me obliguen a aceptar su generosa oferta, pues, que si de la fecha en 4 meses no somos auxiliados Rodil y yo, ni aquél podrá mantener las fortalezas por la falta de víveres ni yo esta provincia por la absoluta escasez de recursos para sostener ni un sólo soldado fuera de que el espíritu público va decayendo cada día considerablemente a virtud de los subversos pasados y de lo tardío de los auxilios de nuestro Supremo Gobierno. Hasta ahora conservamos una firme esperanza, mediante lo que VS. se sirve participarme. Dios quiera se realice.

Dios guarde a VS. muchos años.

A. de Quintanilla.

S. Carlos de Chiloé, septiembre 27 de 1825.

Sr. D. José Delavat y Rincon (?), Cónsul General Español en el Río Janeiro.

Encina dice que el mensajero era un comerciante, Adriazola, y que volvió con noticias de que España preparaba una expedición. Seguramente, después de escribir Adriazola la carta a que alude Quintanilla, en su comunicación al Cónsul en Río de Janeiro, se impuso del fracaso de la expedición que preparaba España, lo que comunicó a éste a su regreso a Chiloé. La carta que escribió Quintanilla llena de optimismo y de la que Encina deduce que Adriazola llegó con buenas noticias, debió ser, pues, anterior a la llegada de éste y consecuencia de las comunicaciones a que se refiere en la carta transcrita.

[49] 2.475 hombres, según Encina.

tinaron como cincuenta embarcaciones menores[50].

Posesionados de las dos lanchas el enemigo y armadas con artillería las de sus buques, cañoneaban mi posición y su artillería del ejército, igualmente hacían un fuego certero que, a pesar de ser contestado por la batería a las lanchas y por la artillería a la suya, no tenía yo ninguna ventaja, porque sus balas cruzaban mi posición en términos de no poder sostener la tropa en ella sin sufrir impunemente gran pérdida.

Resolví, pues, apartar mi tropa de la orilla del mar y tomar nueva posición fuera de los fuegos de las lanchas y tan luego que me repleguè sobre la altura de Bellavista, el ejército enemigo avanzó de sus posiciones. Le presenté batalla ordenando a la compañía de caballería que, amenazando cargas de frente, arrollando sus tiradores se corresien sobre el flanco izquierdo del ejército enemigo para llamarle la atención, entretanto, yo con toda la infantería caía sobre el derecho.

Al ejecutar la carga la caballería, los tiradores o guerrilla enemiga se cubrieron con una casa que tenían inmediata y con los fuegos dispersaron mi caballería. Yo ya llevaba arrolladas sus guerrillas e iba a caer sobre su columna cuando ví que la caballería estaba en dispersión, no quedándome otro arbitrio que retirarme a lo interior de la provincia para continuar la guerra. En estos momentos se declaró la deserción de un jefe, varios oficiales y mucha tropa al enemigo y en medio del fuego. Me puse, pues, en retirada sin ser molestado y en *Putalcura* me detuve, para dar descanso y que comiera la tropa. Estando tomando razón de los heridos para remitirlos a un pueblo, oigo la voz de, *a casa, a casa. No más guerra.*

Había un pequeño puente a vanguardia por donde tenía que desfilar la tropa que se precipitó a él en desorden. Corro, me planto en medio, espada en mano para contenerla, más ella sigue sin obedecer (pero sin ofenderme), se precipitó a él y me atropelló habiendo quedado con mi espada en mano en un fango a la salida del puente que me daba a las rodillas. Me causaba admiración que, a pesar de verme así, lejos de ofenderme los fugitivos, hubo alguno de ellos que me alargó la mano para sacarme de aquella situación.

Ya no quedaban en el campamento sino algunos oficiales y a lo más 150 soldados y conociendo inútil toda diligencia para poder continuar la guerra reuní, no obstante, la oficialidad y jefes y unánimemente determinaron ajustar una capitulación honrosa a las armas del Rey y en bien de los habitantes de la provincia, ya que con tanto heroísmo se habían comportado hasta entonces. Así se efectuó y es la original que se acompaña a esta biografía[51].

[50] Encina dice que la sorpresa y captura de las dos lanchas fué realizada por catorce botes.

[51] El acta original de la capitulación firmada por el Director Supremo, don Ramón Freire, es la que transcribo textualmente a continuación.

"El Excmo. señor Supremo Director de la República de Chile D. Ramón Freire, Gral. en Jefe del Exto. Expedicionario sobre Chiloé, sensible a los clamores de la humanidad, y especialmente interesado en razón de la autoridad Suprema que le han confiado los pueblos en hacer cesar los males de la guerra, que ha afligido a los habitantes del archipiélago: invitado por el Gral en Jefe del Exto. Real D. Antonio Quintanilla, para celebrar una capitulación a que es movido por el sentimiento de la imposibilidad de sostener por más tiempo a esta Provincia en la dependencia del Rey de España después de los muchos esfuerzos que inútilmente ha practicado con este fin, y determinado últimamente por la necesidad de conciliar su honor, y el de todos los individuos de su Exto. con la situación a que le ha reducido la victoria conseguida en Bellavista por las armas de la Patria el 14 del corriente, ha nombrado el 1º a los infrascriptos el Coronel del Batallón Nº 4 D. José Francisco Gana, y el Auditor de Guerra, y su Secretario Gral. D. Pedro Palazuelos Astaburuaga, para que examinados los artículos que propusieren los nombrados por el 2º que son el Coronel de Infantería de Línea D. Santurnino García, y el Coronel de Milicias, y alcalde de primer voto de la Ciudad de Castro D. Antonio Pérez, verificasen el tratado convenido, concediendo cuanto sea compatible con el bien común, y dignidad de la República de su mando. Lo cual, después de canjeados sus Poderes, dichos comisionados han cumplido subscribiendo los artículos del tenor siguiente.

Art. 1º La provincia, y archipiélago de Chiloé con el territorio que abarca, y se halla en poder del Exto. Real será incorporada a la República de Chile como parte integrante de ella, y sus habitantes gozarán de la igualdad de Derechos como ciudadanos chilenos.

Art. 2º Serán entregados a disposición del Gral. en Jefe del Exto. expedicionario de Chile todo el armamento, municiones, y banderas, como también las baterías, y pertrechos que se hallen n los almacenes del archipiélago pertenecientes al Exto. Real.

Art. 3º Para llevar a efecto la entrega del armamento, municiones, banderas, y demás que se expresa en el artículo anterior el Gral. en Jefe del Exto. Real ordenará que sean conducidos por los mismos individuos a los almacenes de Castro, y puestos bajo la custodia de dos comisionados, quienes veri-

Según la capitulación fuí trasladado a Chile con mi esposa y un hijo pequeño, pues yo me había casado dos años antes, en el país, con una señorita de las familias más ilustres de la provincia, y cuyo enlace no propendió poco a obtener la simpatía de sus habitantes.

Un año después de la pérdida del Perú capituló Chiloé y en el mismo día que lo hizo el Brigadier Rodil en el Callao, así fué que con la pérdida de estos dos puntos concluyó en toda América la dominación española.

Llegado a Chile tuve que trasladarme a la Península con mi familia, a mi costa, por no haber querido el Gobierno de Chile costearme los pasajes si no nos juramentábamos para no tomar más armas contra los países de América, lo cual rehusamos, y yo, por no retardar mi viaje a dar cuenta de mi conducta a S. M., lo aceleré antes que llegara la orden para ser transportado con los jefes y oficiales en un buques francés por cuenta del Estado, según yo solicité de nuestro Gobierno al darle parte de la pérdida de Chiloé. En estos pasajes gasté los pocos ahorros de las partes de sueldo que había recibido en los últimos años, que por las *presas* recibía como los demás de aquel punto y es una deuda que tengo contra el erario, así como me debe éste 22 mil pesos de sueldos devengados y no pagados en todos los años que estuve en Chiloé de Gobernador y Comandante General y me debe la parte de las *presas* que como juez declaré y que todo tuvo entrada en el erario como se manifiesta en la certificación de los ministros, Tesorero y Contador de Chiloé.

Ya he concluído mi historia de América. Llegué, pues, a España, donde empieza mi segunda parte que ya no es tan interesante como la de América donde, sin excepción de ninguno de los que han hecho la guerra en aquellos países, puede contarme como el que más ha trabajado por su conservación hasta el último extremo y siendo el último que permanecí en mi puesto. Véase mi hoja de servicio y las historias de aquella guerra y revolución. Luego que llegué a la Península, habiendo desembarcado en la costa de Asturias, puse en conocimiento de S. M. mi arribo a Oviedo y pedí se me formase causa para ser juzgado en un consejo de guerra sobre mi conducta militar en el Gobierno y comandancia general de Chiloé. No recibí contestación a mis repetidas súplicas. Pedí que se me señalase cuartel y el sueldo que me correspondiese como Mariscal de Campo, cuyo empleo se me había concedido, según la Gaceta de Gobierno de fecha tal, al mismo tiempo que el Brigadier Rodil y que se me

ficarán la entrega con las debidas formalidades a los que nombrare el Gral. en Jefe del Exto. Expedicionario.

Art. 4º Todos los jefes, oficiales y tropa que componen el Exto. Real quedarán libres para dirigirse, y fixar su destino en donde más les acomode, sugetándose a las leyes del País los que quisieren radicarse en él.

Art. 5º Aquellos jefes, y oficiales que quisiesen salir del Archipiélago, en virtud de la Libertad concedida por el artículo anterior, deberán verificarlo en el término de dos meses contados desde la fecha de la ratificación de este tratado, pudiendo conservar el uso de sus uniformes, espadas y sirvientes durante dicho término, y no más.

Art. 6º Los equipajes, propiedades, y demás bienes, así muebles como raíces, de todos los individuos del Exto. Real serán inviolablemente respetados.

Art. 7º Lo serán igualmente los bienes y propiedades de todos los vecinos, y habitantes que se hallan actualmente en esta Provincia.

Art. 8º Será de cuenta del Gobierno de Chile el transporte a cualquiera de sus Puertos de todos los jefes, oficiales, empleados, y tropa del Exto. Real que lo solicitaren con sus familias, y equipajes, según sus rangos, y clases, siempre que lo verifiquen en el término de un mes.

Art. 9º Serán inmediatamente puestos en libertad todos los prisioneros hechos por ambos Extos. y gozarán de los beneficios de esta capitulación.

Art. 10º Se echará en olvido, y correrá un velo a la conducta que por razón de las opiniones políticas se haya observado hasta el presente, por todos y cada uno de los comprendidos en este tratado.

Art. 11º Los empleados, corporaciones políticas y eclesiásticas, los jefes y oficiales de los Cuerpos de Milicias de esta Provincia quedarán en posesión de los respectivos grados, y empleos que actualmente obtienen, si quisieran continuar en ellos, como reúnan a juicio del Gobierno la virtud y aptitudes necesarias para desempeñarlos.

Art. 12º La guarnición, o tropas de continuo servicio que existan en adelante en esta Provincia, será mantenida a expensas de la República de Chile.

Art. 13º Todas las dudas que ocurran sobre la inteligencia del presente tratado serán interpretadas a favor del Exto. Real.

Cuyos artículos para la ratificación de las partes contratantes firmaron dichos S. S. Comisionados en el Puente de S. Antonio a dieciocho de enero del año de mil ochocientos veinte y seis.

Fdo.: José Francisco Gana, P. Palazuelos Ast., Saturnino García, Antonio Pérez.

Cuartel General en S. Carlos, Enero 19 de 1826.

Apruebo y ratifico los artículos de la Capitulación presente.

Fdo.: Freire — Domingo Frutos
Ayudte. Secret. Int.

librare el Real Despacho, fundándome en que al decir en dicha Gaceta que S. M. en premio a los servicios se había servido conceder el ascenso inmediato al Gobernador del Callao don José R. Rodil y al de Chiloé don Antonio Quintanilla y habiéndosele librado a Rodil, hallándome yo en el mismo por ser Brigadier hacía más de tres años por S. M., según Real Orden y por el Virrey, el ascenso conseguido era el inmediato.

No se me declaró cuartel hasta pasado un año, y esto de Brigadier, diciéndome en una Real Orden, que más adelante se me tendría presente. En esta situación y habiéndome remitido el despacho de Brigadier, con ánimo pues de repetir nueva instancia y para apoyarla, obtuve de los dos virreyes del Perú, señores Pezuela y La Serna, así como del General Valdés, las tres certificaciones honoríficas que acompaño y que por ser de personas tan respetables como competentes hacen todo cuanto corresponde en crédito de mis servicios a sus órdenes.

Puesto en Santander de cuartel, como Brigadier con sueldo de 24 mil reales que S. M. me declaró como gracia especial, aunque nunca recibí, sino al respecto de 20 mil, se me invitó para si aceptaba la Subdelegación General de Policía de la Provincia de La Mancha, que tenía asignados 9 mil reales sobre el sueldo de cuartel y como entonces se trataba y se planteó que estas Subdelegaciones fuesen servidas por Brigadieres, en las provincias subalternas, y por los Capitanes Generales en las principales, fuimos nombrados varios, como el Conde Mirasal (?) a Cádiz, Alaix a Jaén, etc. Así, pues, pasé a La Mancha, donde permanecí ejerciendo varias veces la Comandancia General interinamente y en esta situación me hallaba a la muerte del Rey Señor Don Fernando VII.

Con la muerte del Rey se desencadenaron las pasiones y los odios. Empezaron las persecuciones y yo en parte fuí una de las víctimas, injustamente.

Como al mismo tiempo era Subdelegado, Comandante General y Subinspector de Voluntarios Realistas, sucedió que al tomar las riendas del Gobierno la Reina Doña María Cristina, lo hizo cambiando el Gobierno Monárquico en Constitucional y todos los que estaban sin destinos se abalanzaron a poseerlos como justamente sucede hoy que escribo esta biografía. Así fué que unos tunos de Ciudad Real o Almagro confeccionaron una relación de las personas más distinguidas de La Mancha (y entre ellos algunos liberales). Se vinieron a la Corte y dijeron (al oficial 1º entonces del Ministerio de Guerra por medio de un amigo de éste) que se tramaba en La Mancha una gran conspiración en favor de Don Carlos y que los conspiradores eran los de la lista. Sin más comprobante el Oficial Armero puso la orden que firmó el Ministro Cruz para que fuesen todos presos y remitidos a Ceuta, dando la comisión al jefe del Regimiento de Caballería *Princesa* que estaba en Almagro, para que lo verificase. En la lista estaba yo como Subdelegado de Policía y seguían los vecinos y empleados más principales. Habiéndoseme presentado un oficial intimándome la prisión le dije que como Comandante General lo prendía a él y que interno fuese depuesto por el Capitán General no obedecía ninguna orden del Ministro, pues no era conducto aquél.

El oficial dudó, procedió a la prisión de los demás y yo haciendo un expreso al Capitán General manifestándole lo ocurrido y haciendo dimisión del cargo militar. Me contestó que él nada había sabido y que ni tenía motivos para dudar de mi fidelidad y que aprobaba mi resistencia.

Al poco tiempo se me destinó de cuartel a *La Coruña* y como tenía que pasar por la Corte, tanto el Capitán General Freire como el Subsecretario Quirós, que despachaba por ausencia del Ministro, me concedieron quedar de cuartel en Madrid.

La guerra civil que empezaba y a la cual hubiera yo acudido con la decisión propia de un militar honrado y que amante de la monarquía me hubiera sido grato el haber sido empleado, fué para mi ajena porque en virtud de la desconfianza que existía en el Gobierno de no ser adicto a la causa de la Reina no se me llamó al ejército, ni yo lo pretendí porque además del resentimiento por haberme creído partidario de don Carlos (el pretendiente a la Corona) lo tenía por no habérseme concedido lo que justamente me había concedido el difundo Rey, que era el ascenso a Mariscal de Campo. Así seguí hasta el año de 1838 en que siendo Ministro el General Alaix, me nombró Comandante General de Murcia y desde allí a petición del Gobierno del Capitán General de Catalu-

ña, don Jerónimo Valdés, pasé de Real Orden a sus órdenes.

Habiéndome presentado en el Cuartel General de Martorell fuí destinado de Gobernador de la Plaza de Tarragona y Comandante General de la Provincia cuyo mando desempeñé todo el año de 1839. En el cual y habiendo ocupado el Ministerio de la Guerra don Francisco Narváez, Conde de Inmuri, a quien conocí en Chiloé por ser uno de los de la expedición peninsular y Capitán entonces de Regimiento de Cantabria, hizo a petición mía se trajese al despacho mi expediente y solicitudes denegadas por el Ministro Zambrano sobre mi ascenso, y hallándolo justo, se me declaró, en diciembre de 1839, Mariscal de Campo.

En esta situación me hallaba en Tarragona a principios de 1840, muy continuamente hostilizada la provincia y la plaza por los carlistas, cuando fuí relevado por el Brigadier, entonces, don Juan Vanaler, hermano del Comandante General que mandaba ya el ejército de Cataluña y volví de cuartel, a Madrid.

Existí de cuartel hasta el año de 1845 que fuí nombrado nuevamente de Gobernador y Comandante General de Tarragona, en propiedad, desempeñando dicho destino nueve meses en cuyo tiempo empezaba ya la guerra civil por los carlistas, organizándose partidas que perseguí constantemente con columnas recorriendo toda la provincia. Habiendo sido nombrado Capitán General del Principado el General Pavía, fuí relevado como todos los Comandantes Generales de Cataluña y volví a cuartel, a Madrid.

Desde esta fecha no he vuelto a ser empleado y continúo de cuartel sin más servicios que el de Consejos de Guerra.

Esta es mi Historia Biográfica y aunque demasiado lata no obstante he omitido pormenores de acciones pequeñas y otros servicios que he juzgado omitir para no cansar más con su lectura, debiendo sí declarar que mi conducta política y militar desde que empecé a servir ha sido cual cumple a un hombre de honor. Que jamás he sufrido arresto ni emigración porque no he dado motivo a ello. Que mi hoja de servicio está limpia de toda mancha que obscurece a un militar. Que jamás me he pronunciado en las mutaciones de Gobierno y que siempre he obedecido al establecido, *cual cumple a todo militar que sabe lo que le corresponde, que es no mezclarse en las revoluciones y acatar lo existente*, con amor y fidelidad al Soberano, como lo he hecho siempre y muy recientemente, el 17 del pasado julio, en la revolución de esta Corte que tanto desorden ha causado, habiéndome ido aquella aciaga noche al Palacio Real donde permanecí hasta el día siguiente en que S. M., notando que de todos los Generales de cuartel sólo yo y el Conde de Inmuri estuvimos a su inmediación, tuvo la bondad de llamarme y darme las más expresivas gracias por mi fidelidad en haber estado a su inmediación en tan triste noche y con las lágrimas en los ojos no hallaba como expresarme, S. M., su agradecimiento.

Yo he cumplido sesenta y seis años de edad, muy pocos me quedan que vivir a pesar de mi robustez y muy poco podré servir con utilidad a la Reina y al Estado. Moriré con la conciencia tranquila y si como es muy regular me sobrevive mi esposa y mi hijo Antonio que siendo abogado acaba de ser declarado cesante de oficial que es del Ministerio de Gracia y Justicia, les ruego que lean, particularmente mi hijo, esta biografía de su padre y que la transmita a sus descendientes para que sepan que han tenido un progenitor honrado y que les da lustre por su categoría de General y sus servicios hasta llegar a esta clase.

Soy Mariscal de Campo, Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, Comendador de la Orden Americana de Isabel la Católica y condecorado con otras Cruces por acciones de Guerra.

Lo escrito en esta biografía es cuanto he recordado a la memoria y documentos que acompaño, así como los que constan en mi hoja de servicios. Es verdadero mi relato y como escrito de pronto y sin reparar en la redacción y ortografía, carece de ésta, y podrán enmendarse ambas faltas por mi hijo o persona que se interese en mi nombre.

Fdo.: ANTONIO DE QUINTANILLA

Madrid, septiembre 18 de 1854.

ADICION

La noche del 17 de julio de 1854, en la cual dió principio la revolución por la quema de las casas de la Reina Madre doña Cristina y otras de los Ministros Conde de

San Luis, etc., y que el pueblo de Madrid se hallaba en hostilidad contra la tropa, amenazando el Real Palacio, vestido de paisano y conduciendo un criado mi uniforme y espada, con objeto de favorecer con mi espada la vida de nuestra Reina Isabel II si hubiese llegado el caso de ser acometido el Real Palacio por las turbas. Allí existí con el Teniente General Conde de Inmuri desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana siguiente, presentándome al Ministro de la Guerra para que me emplease, lo cual no tuvo efecto porque las turbas no acometieron. Es de notar que de todos los Generales sólo Inmuri y yo concurrimos a Palacio aquella aciaga noche, manteniéndome yo toda ella a la puerta de la Real Cámara, que notado por S. M. me hizo entrar a la mañana y después de darme a besar su Real Mano, me dijo las palabras siguientes: *Muchas gracias, Quintanilla, le estoy muy agradecida, pues he visto que has pasado toda la noche a la puerta de mi Cámara y que sólo tú y otro General han concurrido para defenderme*, y con lágrimas en los ojos me repitió las gracias. Yo contesté lo había hecho como fiel súbdito y como un deber militar y que lo haría siempre en iguales circunstancias por mi Reina.

Pongo este servicio del cual me considero bastante remunerado por las palabras de S. M., que tienen en mi concepto más estimación que las que se suelen dar de Real Orden.

Fdo.: QUINTANILLA

APENDICE

DOCUMENTOS DE DON ANTONIO QUINTANILLA, CONTENIDOS EN LOS 34 PRIMEROS TOMOS DE LA COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE, Y DE DOCUMENTOS RELATIVOS A LA INDEPENDENCIA DE CHILE.

—Lima, 14 marzo 1817. Relación de los últimos sucesos militares del Ejército Real de Chile, hasta el embarque en fuga de sus dispersas tropas en el puerto de Valparaíso, en febrero de 1817. Comienza con los preparativos antes de la Batalla de Chacabuco.
TOMO IV, PÁG. 237.

—San Carlos de Chiloé, 1º abril 1822. Oficio al rey dándole cuenta de los sucesos de la isla de Chiloé desde la expedición de Pareja.
TOMO X, PÁG. 173.

—San Carlos de Chiloé, 8 diciembre 1823. Oficio al Virrey La Serna sobre los barcos apresados por los realistas en Chiloé.
TOMO XXXIV, PÁG. 157.

—Isla de Chiloé, 15 abril 1824. Oficio a don José Rodríguez Ballesteros, avisándole que los patriotas han abandonado Chiloé.
TOMO XXXIV, PÁG. 373.

—1824. Carta a don José Rodríguez Ballesteros sobre la situación de Valdivia.
TOMO XI, PÁG. 286.

—15 agosto 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, sobre asuntos referentes a la defensa de Chiloé.
TOMO XI, PÁG. 299, nota.

—San Carlos, 15 agosto 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, comunicándole que no va a cambiar su residencia a Castro.
TOMO XXXIV, PÁG. 397.

—San Carlos, 17 octubre 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, comunicándole haber recibido nuevamente proposiciones de capitulación.
TOMO XI, PÁG. 301; TOMO XXXIV, PÁG. 400.

—San Carlos, 22 octubre 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, sobre la venta del polvillo.
TOMO XI, PÁG. 312.

—San Carlos, 27 octubre 1825. Instrucciones a don José Rodríguez Ballesteros, para que convoque a una junta de guerra que ha de decidir si se resiste a la expedición que se anuncia o se capitula.
TOMO XI, PÁG. 307. TOMO XXXIV, PÁG. 387.

—San Carlos, 27 octubre 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, anunciándole una expedición chilena y sus deseos de capitular.
TOMO XI, PÁG. 304; TOMO XXXIV, PÁG. 386.

—Castro, 29 octubre 1825. Acta de la Junta de Guerra que acordó capitular ante la amenaza de una expedición chilena.
TOMO XI, PÁG. 309.

—7 noviembre 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, [illegible] para que prepare la defensa.
TOMO XI, PÁG. 312; TOMO XXXIV, PÁG. 392.

—6 diciembre 1825. Carta a don José Rodríguez Ballesteros, sobre el estado de las fuerzas a su mando.
TOMO XI, PÁG. 315; TOMO XXXIV, PÁG. 395.

—San Carlos, 11 enero 1826. Oficio a don Ramón Freire, rechazando la intimidación de rendición.
TOMO XI, PÁG. 325; TOMO XXXIV, PÁG. 407.

—Tantauco, 15 enero 1826. Oficio a don Ramón Freire, comunicándole hallarse dispuesto a celebrar un convenio.
TOMO XI, PÁG. 331; TOMO XXXIV, PÁG. 41.

—Putalcura, 16 enero 1826. Oficio a don José Rodríguez Ballesteros, sobre un posible armisticio.
TOMO XI, PÁG. 336; TOMO XXXIV, PÁG. 417.

—Putalcura, 17 enero 1826. Oficio a don José Rodríguez Ballesteros, anunciándole haberse celebrado el armisticio.
TOMO XI, PÁG. 325; TOMO XXXIV, PÁG. 418.

—Madrid, 1843. Apuntes sobre la guerra de Chile, por el brigadier don Antonio de Quintanilla. Comprende desde la expedición de Pareja hasta vísperas de Chacabuco.
TOMO IV, PÁG. 295.

—1814. Causa seguida al brigadier de los reales ejércitos don Gabino Gaínza, sobre su conducta militar y política... etc. (Informe de don Antonio Quintanilla, pág. 23). (Careo de don Antonio Quintanilla, pág. 206).
TOMO XV.

—1817. Proceso seguido de orden del Virrey de Lima para descubrir las causas de la ocupación de Chile por las fuerzas patriotas de Buenos Aires. (Relación de don Antonio Quintanilla, pág. 265).
TOMO XXVIII.

—Freire, Ramón, 11 enero 1826. Oficio de rendición dirigido a Quintanilla.
TOMO XI, PÁG. 323; TOMO XXXIV, PÁG. 406.

—Tantauco, tratado de, 18 enero 1826.
TOMO XI, PÁG. 338.